

DE LA CARNE AL CUERO.
LOS MERCADOS PARA LOS PRODUCTOS PECUARIOS
(BUENOS AIRES Y SU CAMPAÑA, 1700-1825)

Juan Carlos Garavaglia*

1. Introducción

Con este trabajo sobre el mercado de la carne y de los productos pecuarios en Buenos Aires durante este largo período, completamos nuestro estudio de los aspectos más salientes del mercado de la ciudad para la producción de su inmediata campaña. Este trabajo debe ser leído teniendo presente el que hace algún tiempo le dedicamos al trigo, la harina y el pan¹; por supuesto, el próximo paso será el análisis de la evolución de los precios de los principales productos agropecuarios en la región y un estudio en preparación dará cuenta próximamente de este tema central para un mejor conocimiento de este mercado.

2. Las corrientes mercantiles

Desde el inicio mismo del período que nos interesa, se pueden percibir todas las alternativas mercantiles posibles que tenía la ganadería de la región. Vamos a enumerarlas rápidamente.

Por un lado, está el abasto de carne para la ciudad y su más inmediata campaña. Se constata que, al menos desde 1719, se nos habla del ganado "invernado" para referirse a los animales que, ya fuera que viniesen desde la campaña bonaerense o desde la Banda Oriental, estaban destinados fundamentalmente al abasto de la ciudad². Vemos

* Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, Paris.

¹ Ver "El pan de cada día: el mercado del trigo en Buenos Aires, 1700-1820", BOLETÍN DEL INSTITUTO DE HISTORIA ARGENTINA Y AMERICANA "DR. EMILIO RAVIGNANI", 3a. serie, 4, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Buenos Aires, 1991, pp. 7-29.

² Ver ACBA, II, IV, pp. 92-94 [1719]; p. 518 [1722]; ibidem, II, V, pp. 567, 586 y 616 [1726].

así que la práctica de criar y engordar ganado destinado fundamentalmente a la provisión de la ciudad era muy antigua y ello parece demasiado obvio como para tomarse el trabajo de señalarlo. Pero, (y esto no es nada obvio) también hay que señalar que, durante este primer período, muchas veces este ganado era originario de la Banda Oriental y no de la campaña próxima. Es decir, uno de los objetivos de las "recogidas" de ganado que se estaban haciendo año a año en los campos orientales y de las que hay muchos testimonios, era también el repoblamiento de las estancias de cría y engorde de los vecinos de la banda occidental del Río de la Plata³.

Paralelo al abasto de carne para la ciudad y su campaña, están las "faenas" para hacer cueros, sebo y grasa. Hasta los años veinte todavía es posible hallar testimonios de estas expediciones de caza de ganado cimarrón en la banda occidental del Plata, como las del alférez Diego Santana —que llega a juntar 1.000 vacas cerca de Mar Chiquita antes de toparse con los indios— o la de Marcos Felis, en Tandil, ambos durante el año 1714⁴. Pocos años más tarde, el ganado cimarrón —y no el "orejano", por supuesto— desaparece casi completamente en esta banda del Plata⁵.

Vamos a separar, por las razones que se verán rápidamente, el estudio de estas distintas actividades.

Los cueros, resultado de las matanzas indiscriminadas de las faenas realizadas a partir del ganado cimarrón (sean los pocos que aún eran accesibles en esta banda hasta fines de la década 1710-1720, como los de la Banda Oriental más tarde) y de los animales destinados al abasto, sólo pueden tener salida cuando hay navíos; ello influye obviamente sobre sus precios. El Fiel Executor de la ciudad lo dice con toda claridad en 1755:

"...porque dependiendo todo de haver excaecido en mas de la mitad el valor de los Cueros con el motivo de estar completos los Rextos. [las naves de Registro JCG]...no quieren los corraleros comprar los ganados a los precios qe. los han tomado los tpos. pasados..."⁶

O sea, esta es una práctica que, al menos hasta los años sesenta, cuando aparecen los buques correo y los registros tienen un ritmo más regular y por supuesto, desde 1779 en adelante, está pautada por la espaciada llegada y salida de los navíos en el estuario del Plata. Ello hace que el precio de los cueros (y por consiguiente toda la actividad con ellos relacionados) esté directamente ligado al movimiento de navíos.

En cambio, el sebo y la grasa, al igual que el ganado destinado al abasto, se

³ Cf. ACBA, II, IV, pp. 518 y 528 [1722]; idem, II, V, pp. 517, 586 y 617 [1726].

⁴ Ver AGN-DX-30-8-7, expediente 1.

⁵ En 1711, 1712, 1713 y 1714 se perciben todavía las "veintenas" del diezmo de ganado cimarrón y ésta desaparecen posteriormente (ver AGN-DX-13-2-1 y AGN-DX-13-2-2). En 1725 una partida enviada por el Cabildo, llega hasta 70 leguas de la ciudad sin hallar ganado cimarrón, ver ACBA, II, V, p. 552.

⁶ Fiel Ejecutor Francisco de Almandoz, Buenos Aires, 28/10/1755, en AGN-DX-19-2-5, fjs. 225-225 vta.

dirigen —en este primer período— fundamentalmente hacia el consumo interno (la ciudad de Buenos Aires) y en una segunda instancia se exportan hacia Chile vía Cuyo; cada vez que una sequía ocasional disminuía la potencialidad productiva en este rubro —hay una relación directa entre ganado gordo y cantidad de sebo y grasa que se puede extraer— el Cabildo reitera una vieja prohibición de "saca" de estos artículos hacia Cuyo. Pero a nosotros nos interesa subrayar aquí la diversa situación de la demanda en este caso, como en el del ganado destinado al abasto.

Hay también otra orientación mercantil relacionada en este primer período con la ganadería vacuna: los envíos de animales en pie hacia el Perú. Según los datos que tenemos para fines del siglo XVII, el número de animales que habría tomado ese destino está lejos de ser despreciable y es probable que una parte sustancial del ganado recogido en la Banda Oriental tome el camino del Perú, vía Santa Fe e incluso las reducciones jesuíticas, pasando por Santiago y Salta. En la gran feria de la Lava, cercana a Potosí, se realizan todos los años las ventas de ganado. Como es lógico, este tráfico mercantil estará directamente relacionado con la bonanza y la actividad minera altoperuana que pasa durante este lapso por diversos períodos de alzas y bajas. Además, también se envía, muy de tanto tanto, ganado en pie hacia Chile.

Otra actividad ganadera importante es la cría de mulas. Destinadas asimismo al mercado peruano, esta actividad fundamenta desde el siglo XVII una de las riquezas de la región. Y aquí nos hallamos, como veremos en su momento, frente a un tipo de producción muy peculiar socialmente hablando. Ella está además asociada al *stock* de ganado equino y a sus variaciones.

Finalmente, sólo nos resta el ganado ovino. Este tenía una importancia secundaria, pero nada despreciable en el abasto de la ciudad y será recién a fines del período cuando comience a tener otra relevancia como productor de una de las materias primas de exportación, la lana. Pero, sin embargo, como veremos, su papel era bastante más importante que el que toda una tradición nos ha hecho creer.

Para resumir en pocas palabras la relevancia de este hecho, es decir, la poliformidad de las corrientes mercantiles internas y externas a la región, habría que señalar que será justamente el elemento que separa radicalmente al mercado de los cereales del mercado de los productos agropecuarios durante todo el período analizado. Estos últimos, si bien suelen exportarse, en cantidades a veces un poco más altas que las aceptadas corrientemente, no tienen la menor posibilidad de competir —en cuanto a *elasticidad de la demanda*— con los productos pecuarios.

Las cifras

Veamos, ahora, algunas cifras para tratar de mensurar cuál era la importancia relativa de cada uno de estos rubros en la economía de la época. Comencemos con las cifras más seguras, las del abasto de novillos a la ciudad y su campaña:

Cuadro 1

Abasto anual de vacunos a Buenos Aires

1722	18.000
1748	25/30.000
1783/87	36.178
1788/92	46.052
1812/16	72.718
1822/1824	73.874

Fuentes: 1722: ACBA, II, IV, p. 499; 1748: AGN-IX-8-10-1, fjs. 205-209; 1783/87: Juan Francisco de Aguirre, *mas.* BRAM-9-21-6, 93, fjs. 92; 1788/92: *ibidem*; 1812/16: AGN-IX-19-6-12, fjs. 318; 1822/1824: REPBA, 12, 13, 14 16 y 17.

Como se puede apreciar, se trata de una cifra bastante considerable, especialmente si recordamos que estamos hablando de cantidades constantes — la gente come carne todos los días, salvo en Cuaresma y otros días "de guardar" — de ganado engordado e invernado. Para el último período, habría que sumar el abasto de los dos corrales que faltan, es decir los de San José de Flores y Barracas, lo que agregaría unas 8.000 cabezas anuales⁷ al promedio anual registrado entre 1812 y 1824 y llegaríamos así a más de 80.000 cabezas anuales para el abasto urbano a fines de nuestro período. Por supuesto, tanto los pueblos de la campaña consumen carne, como los navios que llegan al puerto embarcan reses para su rancho y en algunos casos, las cantidades no son despreciables⁸, pero resulta muy difícil hacer cálculos globales certeros; de todos modos, en los años 1789-1793, cuando el abasto de los tres corrales principales era de 46.000 cabezas como promedio, un asentista de sebo para la provisión de la Real Armada aseguraba que se mataban unas 70.000 cabezas en Buenos Aires y en la campaña para el abasto⁹ y ello da una idea del orden de la cifras totales de consumo vacuno para la alimentación¹⁰.

⁷ Ver en AGN-IX-19-6-4 las cifras del abasto para cinco meses de 1819, que incluyen las cantidades de Flores y Barracas.

⁸ Por ejemplo, en 1766 la Fragata de SM "La Industria" embarca 180 reses para su rancho (AGN-XIII-42-2-23, fjs. 10).

⁹ Declaración de Dn. José de María, AGN-IX-19-4-9, fjs. 346-346 vta., 1795.

¹⁰ Hay que señalar que la presencia de introducciones clandestinas y de matanzas no autorizadas no era infrecuente, pero, generalmente se las denunciaba y en el radio de los corrales, los Fieles Ejecutores o los arrendadores del derecho de corral, eran muy cuidadosos al respecto (sobre faenas clandestinas, ver, algunos ejemplos en AGN-IX-19-5-3, fjs. 201, 1804; AGN-IX-19-5-4, fjs. 104, 1805; AGN-IX-19-6-6, fjs. 234-235, 1814, etc.); en cuanto a entradas fraudulentas en los corrales —es decir, sin registro— ver para 1804 el testimonio en DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA ARGENTINA, tomo IV, *Abastos de la ciudad y campaña de Buenos Aires (1773-1809)*, Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 1914, [en adelante *Abastos*], pp. 169-172.

Y recordemos que, una vez finalizados las recogidas de ganado en la Banda Oriental —todo indica que esto se acaba para los porteños desde los años treinta en adelante— la mayor parte de estos animales llegan desde la campaña de Buenos Aires (y a veces incluso desde el ecosistema pastoril indígena). Pero nos interesa señalar aquí la íntima relación entre el abasto y lo que podríamos llamar la orientación mercantil interna de un sector de la ganadería bonaerense colonial.

¿Qué sucede ahora con los datos para los embarques de cueros? Hay que confesar en este sentido que muchos autores han hecho uso de una fantasía absolutamente extraordinaria y sin ningún tipo de apoyo documental ni de estudios puntuales. Emilio Coni fue uno de los pocos que parecía tener los pies sobre la tierra y dio cifras que nada tenían que ver con las fantasiosas evaluaciones que había realizado Ricardo Levene en su conocido trabajo sobre el virreinato, publicado en 1928:

"Hasta la época en que se dictaron los Reglamentos del comercio libre (1778), la exportación anual de cueros se calculaba en ciento cincuenta mil; a partir de esa fecha subió rápidamente hasta ochocientos mil y después de la Paz de Versailles (1783) se exportaban anualmente un millón cuatrocientos mil cueros."¹¹

En realidad, como se verá, estas cifras se parecen a las "cuentas del Gran Capitán", pues los ochocientos mil exportados corresponden en realidad a cincuenta años más tarde y el famoso millón y medio de cueros producidos en la campaña de Buenos Aires recién se alcanzaría con dificultades a mediados del siglo XIX¹². Después de esos viejos estudios —Coni publicó la primera edición de su librito sobre las vaquerías en la década del treinta— poco y nada se hizo sobre el problema hasta hace unos años. Nosotros publicamos en 1977 un estudio con cifras relativamente seguras —tomadas de los asientos diarios de la Aduana capitalina— para el corto período 1779-1784, que hace poco mereció un comentario crítico de Azcuy Ameghino en uno de sus imaginativos trabajos¹³. Ahora contamos con el trabajo de Zacarías Moutoukias que

¹¹ R. Levene, INVESTIGACIONES ACERCA DE LA HISTORIA ECONÓMICA DEL VIRREINATO DEL PLATA, La Plata, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de La Plata, 1928, tomo II, p. 73.

¹² Entre 1861 y 1868 salen anualmente 1.200.000 cueros de la provincia de Buenos Aires, ver ASRA, IV, 1879, p. 47; en 1875 la provincia —menos un solo partido sin datos— poseía un *stock* vacuno de alrededor de 5.200.000 cabezas (ASRA, IX, pp. 374-375).

¹³ E. Azcuy Ameghino, "Comercio exterior y comercio de cueros en el virreinato del Río de la Plata", Buenos Aires, 1988. Este estudio confuso y lleno de datos contradictorios, critica la cifra de salidas de cueros de 1781 (95.289 unidades) que dábamos en "El Río de la Plata en sus relaciones atlánticas: una balanza comercial (1779-1784)", citando una fuente que habla de la partida de un convoy de 25 embarcaciones con 432 mil cueros ese mismo año. Este autor olvida un pequeño detalle: que por efectos de la Guerra de América, los cueros registrados en 1779 y 1780 en la Aduana —ca. 879.000 unidades— no habían podido tomar efectivamente el camino de la metrópoli y sí lo hicieron, parcialmente, gracias a ese convoy de 1781, pero ya estaban contabilizados... En fin, mucho habría que decir sobre las contradicciones de cada página de ese artículo; no podemos dejar de mencionar aquí la liviandad con que arriesga cantidades para el *stock* ganadero completamente descabelladas, citando, sin comentarios, una cifra de Azara de un *stock* vacuno de 17 millones de cabezas para 1800! Según el CENSO NACIONAL AGROPECUARIO de 1969, la actual provincia de Buenos Aires —cuya superficie (sumada a los alambrados y la tecnología ganadera actual) es diez veces superior a la de 1800— había alcanzado esa cantidad de vacunos en 1960. Además, los 17 millones de vacunos del período colonial, deberían haber estado acompañados de equinos —en forma proporcional— y de ovinos, con lo que llegaríamos a las 50 millones de hectáreas ocupadas por vacunos, equinos y ovinos (es decir, casi la superficie total de Buenos Aires, Santa Fe y Entre Ríos en 1914). Lo dicho, se trata de las "Cuentas del Gran Capitán" en las cuales nunca hay un nexo entre cantidad de cueros exportados, *stock* ganadero (vacuno

trae datos cuantitativos sobre exportaciones legales de cueros y evaluaciones sobre el contrabando, para un largo e importante período que cubre los años 1756-1796. También tenemos las cifras de Mérediz para el lapso 1815-1820 y las publicadas hace casi un siglo y medio por Woodbine Parish¹⁴.

Cuadro 2	
Buenos Aires: exportaciones anuales de cueros	
1700/25	75.000
1725/50	50.000
1756/78	130.000
1779/87	205.000
1788/96	340.000
1815/20	676.000
1822, 1825 y 1829	700.000

Fuentes: ver nota 14.

Como se aprecia asistimos aquí evidentemente a un incremento indudable y casi constante (salvo en la primera mitad del siglo XVIII), pero es necesario que la cronología del fenómeno sea revisada, pues es recién a fines del período, ya en la época independiente, cuando realmente se observa una cifra de crecimiento bastante importante —y recordemos que se trata de embarques desde Buenos Aires, sin tomar en cuenta a Montevideo. Pero hay aquí una advertencia que se impone: *no todos los cueros que salen desde el puerto de Buenos Aires corresponden a ganado originario de la campaña bonaerense*. Una cosa son los cueros *exportados* y otra, bien diversa, la parte de esos cueros *producidos* en la campaña.

Veamos más de cerca este problema. Según el manuscrito de Francisco de Aguirre¹⁵, en 1790 salen de Buenos Aires 332.401 cueros (y esta cifra parece confiable, pues coincide puntualmente con la del estudio de Moutoukias para ese mismo año). Ahora bien, esos cueros ¿de dónde llegan? ¿Vienen todos de la campaña bonaeren-

y equino) y superficie ocupada.

¹⁴ En el cuadro 2 los datos de 1700/25 y 1725/50 son de E. Coni, *HISTORIA DE LAS VAQUERÍAS DE RÍO DE LA PLATA, 1555-1750*, B. Aires, Devenir, 1956; las cifras de 1756 a 1796 corresponden a Moutoukias, Z., "Crecimiento económico y política imperial: el patriado colonial de Buenos Aires, 1760-1796", mimeo, 1993; los datos de 1815/1820 en R. Mérediz, "Comercio de frutos del país entre Buenos Aires y mercados europeos entre 1815 y 1820", *TRABAJOS Y COMUNICACIONES*, 16, La Plata, 1966; finalmente, las cifras para 1822, 1825 y 1829 son de W. Parish, *BUENOS AIRES Y LAS PROVINCIAS DEL RÍO DE LA PLATA, (1852)*, B. Aires, Hachette, 1958.

¹⁵ BRAM-9-21-6, vol. 93.

se? No, en realidad una parte relevante de esos cueros que Buenos Aires atrae como mercado de redistribución para embarcar a Europa no han sido producidos en su propia campaña.

El mismo manuscrito de Aguirre nos dice que en 1790 entraron a la ciudad 151.050 cueros, según los registros de la aduana terrestre y éstos no toman en cuenta a los cueros de la campaña cercana que no aparecen en estos registros, pues no pagan alcabala terrestre. Los registros de alcabala terrestre se refieren a los cueros que llegan desde el Litoral de los Ríos —Paraguay, las Misiones, Santa Fe, Entre Ríos, Paraná, etc.— desde algunos puntos de la Banda Oriental (como Colonia, Espinillo, Vívoras o Santo Domingo Soriano) —que dependen de Buenos Aires en la época— y desde interior, en especial, de Córdoba y en mucho menor medida, desde Santiago del Estero.

La diferencia entre los 332.401 que salen y los 151.050 que entran —más los 50.000 del abasto de la ciudad (en sus tres corrales y en los pueblos más cercanos)— nos daría una cifra aproximada, pero realista, de la producción de cueros de la campaña; o sea, *ca.* 231.000 cueros producidos y exportados efectivamente por la campaña de Buenos Aires en 1790. Para 1791, un escrito de Antonio Obligado, poderoso comerciante y auténtico "hacendado", en representación de su corporación aún en ciernes¹⁶, nos da cifras muy similares (y trae las mismas que Juan Francisco de Aguirre para 1790); veamos: según él, la Aduana de la Capital ha registrado 280.953 cueros exportados a Europa y las guías terrestres contabilizaron 162.516 cueros entrados desde el Litoral y el Interior, siendo la diferencia de 118.437 cueros; si le sumamos los *ca.* 45.000 del abasto de ese año —siempre con el consumo de la campaña cercana— tenemos unos 163.000 cueros producidos en la campaña bonaerense para 1791¹⁷.

Para los años posteriores, los trabajos de Claudia Wentzel son de gran utilidad para conocer las cifras de las internaciones de cueros a Buenos Aires. Lamentablemente, no tenemos datos de exportaciones para los años 1796-1815, pero las cifras que parten de esa fecha y abarcan hasta 1820 dan una media de 676.000 cueros salidos de Buenos Aires¹⁸. En ese mismo período y según Wentzel, unos 215.000 cueros entran anualmente a Buenos Aires desde las áreas que ya hemos enumerado, siendo ésta la cifra más baja de todo el período que abarca los años 1802-1821 (eran 516.000 anuales entre 1802 y 1807 y descienden a 332.000 cueros por año entre 1808 y 1814)¹⁹.

¹⁶ Sobre el papel de Antonio Obligado, cf. R. Fradkin, "Capital comercial y producción rural en Buenos Aires a fines del siglo XVIII: Antonio Obligado y las disputas de la década de 1790", mimeo, Buenos Aires, 1988.

¹⁷ Ver AHPBA-7-2-15-13.

¹⁸ Estas cifras de exportaciones para 1815/20 deben entenderse que incluyen a los cueros almacenados durante los momentos de interrupción del comercio por efecto del bloqueo y además, existen ingentes entradas de cueros - al puerto de Buenos Aires para su posterior reembarco - desde el río Uruguay y la Banda Oriental por efecto de la ocupación de Montevideo, pero no se puede contabilizar su monto por falta de cifras (ver en AGN-X-10-3-3, los documentos del comandante del Resguardo porteño), por lo tanto, es evidente que una parte de estos cueros embarcados desde la ciudad porteña son originarios de la Banda Oriental y no de la campaña de Buenos Aires. Sobre la ocupación de Montevideo y la caída de embarques de cueros, cf. R. Mérediz, "Comercio de frutos...", *op.cit.*, p. 147.

¹⁹ C. Wentzel, "El comercio del 'Litoral de los Ríos' con Buenos Aires: el área del Paraná, 1783-1821", ANUARIO DEL IEHS, 3, Tandil, 1988.

Desde 1815, los pocos y aislados datos que poseemos no permiten tampoco sacar conclusiones demasiado seguras, pero todo indica que el crecimiento de las exportaciones provenientes de Buenos Aires continúa (aunque no espectacularmente, siendo las interrupciones bélicas un hecho constante y repetido). Para el período 1815-1837 se puede proponer como promedio la cantidad de 650.000 a 750.000 cueros exportados desde Buenos Aires y una cifra que oscilaría entre los 300.000²⁰ y los 500.000 para los cueros originarios de la campaña, a partir de diversas fuentes y con datos de años aislados²¹, pero es lo único que tenemos hasta ahora sobre ese período acerca de este tema (lo que ya es toda una definición historiográfica)²².

Además, es necesario señalar una diferencia fundamental que se instaura desde la década de 1810 junto con los primeros saladeros en la banda occidental del Río de la Plata: el aprovechamiento de la carne salada y de otros derivados. Según cálculos, quizás demasiado optimistas, realizados a fines del siglo XVIII, la salazón de carnes y sus derivados multiplicaría por tres o por cuatro la capacidad de aprovechamiento del ganado vacuno²³. Una evaluación más realista sería la de multiplicar por dos a la capacidad de aprovechamiento mercantil de la res vacuna y esto ya es considerable²⁴.

²⁰ Según el REPBA en 1823 y 1824 entraron desde la campaña de Buenos Aires unos 308.000 cueros y se faenaron unas 303.000 reses o sea tenemos unas 305.000 cueros como promedio anual, pero 1823 fue un año de sequía en la campaña porteña.

²¹ Como vimos, las cifras de Méridiz eran de una media de 676.000 entre 1815 y 1820; Parish da 590.372 para 1823, 655.255 para 1825, 854.799 para 1829 y 823.635 para 1837 (estos datos se refieren a salidas de cueros desde Buenos Aires). ¿Cuál es la participación del Litoral y del Interior aquí? Entre 1815 y 1821, como hemos visto, era *al menos* -pues ya sabemos que hay cueros de la Banda Oriental que entran fuera de nuestros registros de aduana terrestre- de 215.596, según Claudia Wentzel y en los años 1831/35 es de 218.077 cueros de acuerdo a M.A. Rosal. Las fuentes para estos datos son W. Parish, BUENOS AIRES Y LAS PROVINCIAS..., cit.; M. Burgin, ASPECTOS ECONÓMICOS DEL FEDERALISMO ARGENTINO, Buenos Aires, Hachette, 1960; M.A. Rosal, "El Río de la Plata en la primera mitad del siglo XIX: las relaciones comerciales entre el Interior y Buenos Aires" en BOLETÍN DEL INSTITUTO DE HISTORIA ARGENTINA Y AMERICANA "DR. EMILIO RAVIGNANI", 3a. serie, 5, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Buenos Aires, 1992, pp. 49-75 y los trabajos citados de Méridiz y Wentzel.

²² Es casi increíble que a los libros de Woodbine Parish de 1852 y de Miron Burgin, editado en 1946 en su versión original (y que se basa casi exclusivamente en las cifras del anterior para este tema) se limite lo poco que sabemos sobre este aspecto absolutamente central para la historia del siglo XIX rioplatense.

²³ De acuerdo con el documento original referido al proyecto sobre la fabricación de carne salada de Lavardén, los cálculos dan aproximadamente esa relación sobre un total de 3.000 animales -no estamos tomando en cuenta las lenguas ni las quijadas- en la venta de 12.000 quintales de carne salada, 510 de sebo, 510 de grasa y los 3.000 cueros resultantes. Si tomamos los precios de la plaza de Montevideo, que se incluyen en el documento, y descontamos un 65.66% para los gastos (tal como se hace en el documento), llegamos a una suma de 13.635 pesos para el total, frente a los 4.500 pesos que nos daría sólo la venta de los cueros. Ver AGN-IX-38-7-2, expediente 23; el documento fue citado y estudiado por vez primera por el ingeniero Montoya en su libro CÓMO EVOLUCIONÓ LA GANADERÍA EN LA ÉPOCA DEL VIRREINATO, B. Aires, Plus Ultra, 1988.

²⁴ En efecto, el escrito antecedente habla de 12.000 quintales para 3.000 animales, es decir, calcula 4 quintales por animal y en realidad, en 1855 (con animales que suponemos son ya de mayor peso) se calculan 120 libras de carne salada por animal, es decir, 1.2 quintales; ver REBA, II, 1855, p. 47 y estos cálculos coinciden *grossa modo* con la comparación de la cifra de exportación de carne salada en 1823 [87.000 quintales según Parish] y los animales sacrificados ese año en los saladeros [64.515 reses, lo que nos daría unos 77.000 quintales]; por otra parte, en un saladero entrerriano de los años sesenta del siglo XIX, el rendimiento efectivo fue de 116 libras por animal para un total de faena de casi 45.000 cabezas, cf. Manuel E. Machi, "La actividad de un gran saladero. Santa Cándida en la provincia de Entre Ríos", TRABAJOS Y COMUNICACIONES, 19, La Plata, 1969, p. 89.

Sabemos que los saladeros se inician en la banda occidental del Plata en 1811²⁵. En 1822-1824, el peso de los saladeros es tal que ya ha alcanzado y hasta sobrepasado al abasto (241.068 vacunos entrados a los saladeros, frente a 221.624 del abasto de la ciudad), pero lo que es necesario señalar también es un pequeño cambio en la composición de la demanda ocasionado por los saladeros: ahora la mayor parte de los novillos se destinarán a éstos —el 93% de los animales consumidos en 1822, 1823 y 1824 por los saladeros son novillos y en cambio, para el abasto esa cifra desciende al 81%, siendo las restantes, vacas²⁶. Obviamente, suponemos que esto se relaciona con necesidades técnicas concretas de la salazón de carnes. Como se verá, esto trajo no pocas tensiones al mercado de la carne en Buenos Aires.

Si a la carne salada le sumamos las exportaciones de otros subproductos ganaderos —que la agilización del tráfico de naves en el puerto de Buenos Aires ha hecho más rentable— como cueros de "baguay" (equinos), lana, astas, crines, etc., el cuadro positivo del papel de las exportaciones queda realmente completo. Es decir, desde los inicios del período independiente, pese a las interrupciones de la navegación que hacen muy difícil evaluar promedios anuales para lapsos muy largos, el boom de las exportaciones pecuarias es un hecho indudable.

Unas pocas cifras partiendo de los datos ya mencionados muestran mejor esa progresiva diversificación productiva de la ganadería bonaerense: si en los años 1779-1784 un 95% del valor total de las exportaciones agropecuarias corresponde a los cueros vacunos, ese porcentaje desciende ya al 87% en el lapso 1792-1796 y al 69% en los años 1822, 1825, 1829 y 1837, años en los que tenemos datos completos según Woodbine Parish²⁷ y según Halperin, hasta mediados del XIX, los cueros se sitúan en un promedio del 60% del total de la exportaciones²⁸.

Hay que señalar, por otra parte, que las diferencias entre las cifras de los primeros períodos y las referidas a los cuatro últimos años es aún mayor, porque correspondiendo las de los primeros dos períodos a Buenos Aires y Montevideo juntas (donde ya había saladeros instalados), hay muchos rubros de "derivados", como la carne salada y una parte no despreciable de los barriles de sebo, que sólo llegaban en ese momento desde la Banda Oriental. Por lo tanto, si tuviéramos los datos desagregados por puertos las diferencias serían todavía más llamativas. Como resumen, se puede afirmar que estos datos, sumados al incremento mismo de las cantidades físicas y al crecimiento evidente

²⁵ Cf. A.J. Montoya, *HISTORIA DE LOS SALADEROS ARGENTINOS*, Buenos Aires, El Coloquio, 1970 (el original es de 1956).

²⁶ REPBA, 12, 16 y 17; hay que señalar que en 1823, el efecto de una gran sequía —que se extendió de junio a noviembre— dio por tierra con las estadísticas del *Registro* y los saladeros descienden a pico en agosto, septiembre, octubre y noviembre y de todos modos, los resultados son aún notables para los saladeros (éstos registran 62.515 animales, frente a 69.643 del abasto), la fuente no olvida en señalarlos que "...con todo, se tiene entendido, que los saladeros no estuvieron tan ociosos como aparece de la presente tabla...", loc.cit., p. 108.

²⁷ 1779/84: J.C. Garavaglia, "El Río de la Plata en sus relaciones atlánticas: una balanza comercial (1779-1784)", ahora en *ECONOMÍA, SOCIEDAD Y REGIONES*, B. Aires, Ediciones de la Flor, 1987; 1792/96: F. de Azara, *VIAJES POR LA AMÉRICA MERIDIONAL*, Madrid, Espasa Calpe, 1969; 1823, 1829 y 1837: W. Parish, *BUENOS AIRES...*, cit.

²⁸ T. Halperin Donghi, "La expansión ganadera en la campaña de Buenos Aires (1810-1852)", *DESARROLLO ECONÓMICO*, 3(1/2), Buenos Aires, 1963.

de los precios de los productos pecuarios²⁹ muestran claramente el camino hacia donde se dirige la actividad económica dominante de la región.

Veamos ahora qué pasa si relacionamos las cifras del abasto con las de los cueros (demás está que recordemos que de los novillos y de las contadas vaquillonas destinados al abasto se extrae también cueros, sebo y grasa). En 1718 el abasto pesaría en un 24% sobre el total de cueros, siempre que el origen de los animales fuese el mismo. En los años 1779-1784 este peso llegaría el 20% aproximadamente y los dos últimos períodos descendería nuevamente y se sitúa en un 15%.

Pero, en el párrafo precedente, hemos hablado de cantidades físicas; esto quiere decir que, si convirtiéramos las cifras de los últimos períodos en pesos, la importancia del abasto sería mucho mayor (los animales engordados valen mucho más que los cueros, como es obvio señalar). Si volvemos a los datos de los años 1788-1792 y partimos de los 50.000 novillos para el abasto —contando San José de Flores— esto nos daría unos 112.500 pesos, calculando a 18 reales por cabeza. En el lapso 1791-1792, como ya vimos, salen de la campaña unos 197.000 cueros como promedio, los que, al precio de 12.22 reales³⁰, nos dan unos 300.900 pesos... Con lo cual, la diferencia en el peso mercantil hasta fines del siglo XVIII —y nos animamos a decir, hasta bien entrada la primera década del siglo siguiente— entre el abasto y las exportaciones de cueros resulta un poco menor de lo que parecía y llega al 36%; sin olvidar además el hecho ya señalado de que el abasto poseía un ritmo bastante constante y que no dependía de la coyuntura externa (cuando, en los años diez del siglo XIX, la carne vea su precio aumentar mucho más que el del cuero, nuevamente la importancia del abasto —y de los saladeros— crecerá). Ello realza aún más su papel en relación a la vida económica de la campaña hasta fines de la época colonial.

En cuanto a las dos corrientes de ganado, vacuno y mular, hacia el Perú, ¿cuáles son las cifras que tenemos? Estas son verdaderamente pobres, fundamentalmente por las dificultades de controlar este tipo de tráfico, como bien lo sabían los cabildantes encargados de hacerlo³¹; unas pocas fuentes dan algunos datos. Entre 1770 y 1774, según las cifras medianamente creíbles —por las razones ya apuntadas sobre la dificultad del control— tomadas del archivo del funcionario encargado por el Cabildo de la percepción del impuesto del medio real por cabeza, han salido de la jurisdicción unas 10.000 mulas anuales³².

Sabemos que la mayor parte del *stock* de ganado mular y equino destinado a la cría de mulas se hallaba, hasta el "parteaguas" de los años 1778-1780 —interrupción de los "repartos" y levantamientos altoperuanos— fundamentalmente en el norte de la campaña

²⁹ Ver nuestro trabajo "Los precios de los productos rurales en la campaña de Buenos Aires: 1750-1826", mimeo, 1994.

³⁰ Z. Moutoukias, ver op.cit., p. 53.

³¹ Ver, como ejemplo, el Acuerdo del 3/11/1724, ACBA, II, V, p. 407.

³² AGN-IX-19-2-11.

bonaerense, y en especial en el enorme partido de Arrecifes³³. La lejanía de este partido y su proximidad respecto al camino del Perú (así como el hecho de que gran parte de los criadores, sean medianos y pequeños productores³⁴), hace casi completamente inútil todo intento realista de evaluar el monto del tráfico, tanto de mulas como de vacas, con destino al mercado peruano, partiendo de las cifras impositivas porteñas. En cuanto a las vacas, menores son las posibilidades de contar con cifras, pero los datos que tenemos —desde el siglo XVII hasta bien entrado el XVIII— muestran la continuidad de este trato y la importancia que podía llegar a adquirir por momentos³⁵.

Finalmente nos resta considerar el papel del ganado ovino en el abasto de la ciudad. Juan Francisco de Aguirre habla en los manuscritos de su *Diario* de 41.654 ovinos para el año 1792 y parece un cálculo serio —su fuente son los documentos de los corrales del abasto— pues en 1822 se consumen en la ciudad 43.224 corderos³⁶. Esto desmiente, como era de imaginar, cierta leyenda sobre la ausencia de consumo de este tipo de ganado y explica el por qué de la gran difusión del ovino en la campaña bonaerense³⁷.

3. El mercado de la carne vacuna: ciudad y campaña

La estructura del mercado

Buenos Aires poseía, al parecer desde 1775, tres corrales para su abasto (la fuente habla de cuatro corrales, pero en realidad sólo tenemos noticias del funcionamiento de tres); éstos eran el del Sur —en el terreno de Santo Domingo, conocido después como "Corrales del Alto"— el del Norte, cercano al Convento de Santa Recolectión de San Francisco, es decir "La Recoleta" y del Oeste, en el terreno del ejido de la ciudad,

³³ Véanse los datos en nuestro trabajo "Las 'estancias' en la campaña de Buenos Aires. Los medios de producción (1750-1815)", en R. Fradkin (ed.) LA HISTORIA AGRARIA DEL RÍO DE LA PLATA COLONIAL: LOS ESTABLECIMIENTOS PRODUCTIVOS, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993, vol. II, pp. 124-208.

³⁴ Sobre la producción mular en la campaña en M. Canedo, "La ganadería de mulas en la campaña de Buenos Aires. Una aproximación a las estrategias de producción y comercialización en la segunda mitad del XVIII", en Mandrini y Reguera (eds.) HUELLAS EN LA TIERRA. INDÍGENAS, HACENDADOS Y AGRICULTORES EN LA REGION PAMPEANA (XVI-XX), Tandil, IEHS, 1993.

³⁵ Ver, entre muchas otras fuentes, Carta del Presidente de la Audiencia de Buenos Aires, Alonso Martínez de Salazar, Buenos Aires, 16/6/1664, con evaluaciones que van desde las doce mil a las veinte mil cabezas, en AGI-Charcas 279; Acuerdos del 12/8/1720 y 2/12/1720, en ACBA, II, IV, pp. 214 y 245; datos sobre saca de los animales de la Cuatropea en dirección al Perú a mediados del XVIII, en AGN-IX-13-2-2.

³⁶ Según REPBA, 12, 1823.

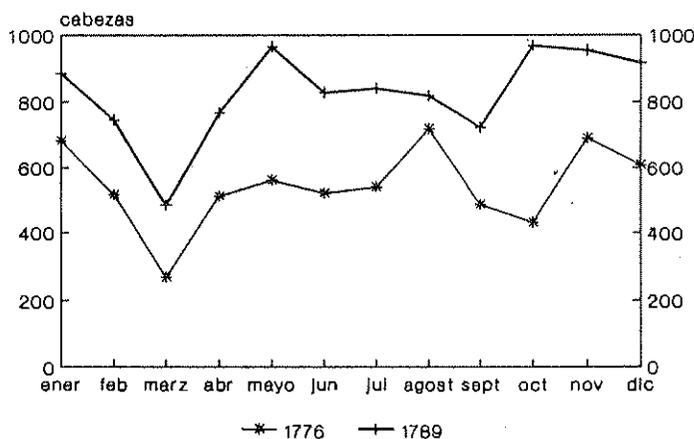
³⁷ Ya habíamos hablado en su momento del papel —menor, pero no completamente irrelevante— de los ovinos en la masa decimal que paga cuatropea, en nuestro trabajo "Producción cerealera y producción ganadera en la campaña de Buenos Aires, 1700-1820", en J.C. Garavaglia y J. Gelman, EL MUNDO RURAL RIOPLATENSE A FINES DE LA ÉPOCA COLONIAL: ESTUDIOS SOBRE PRODUCCIÓN Y MANO DE OBRA, Cuadernos Simón Rodríguez, 17, Buenos Aires, 1989, pp. 9-42; (incluido ahora en el volumen colectivo D. Santamaría *et al.*, ESTRUCTURAS SOCIALES Y MENTALIDADES EN AMÉRICA LATINA. SIGLOS XVII Y XVIII, Fundación Simón Rodríguez - Editorial Biblos, Buenos Aires, 1990, pp. 207-240); nuestro estudio, ya citado, "Las 'estancias' en la campaña de Buenos Aires...", indica que en el 62% de los establecimientos productivos de la muestra analizada, sin contar las chacras, hay rebaños de ovejas.

conocido como "de Carricaburu"³⁸. Se agregarán sucesivamente el corral de San José de Flores y más tarde el de Barracas, pero que son de influencia local. Los datos de uno de los corrales principales para 1776 y 1789, como los totales para los años 1816-1817 y 1822-1824, nos permitirán un mejor conocimiento de este mercado.

Veamos la estructura anual de la demanda y de la oferta. El gráfico 1 nos muestra las entradas mensuales de novillos a uno de los corrales en 1776 y 1789³⁹. Lo primero que observamos es la caída de las entradas durante marzo/abril y esto tiene que ver con la Cuaresma (los cuarenta días de abstinencia que preceden a la Semana Santa); es entonces cuando se reemplazan las ingentes cabezas de vacunos por el pescado. Juan Francisco de Aguirre da la cifra de 1.740 carretas de pescado consumidas en la Cuaresma de 1792⁴⁰.

Es sabido que la Cuaresma está regida por costumbres, tradiciones y "dispensas" locales y suele variar bastante de un lugar a otro del mundo cristiano⁴¹; el mismo Aguirre agrega que en el Río de la Plata "...se dispensa la carne casi la mitad de la Cuaresma...". En efecto, sabemos que la elasticidad de los obispos —únicos autorizados a las dispensas— debió ser amplia en el Plata, pues, como por ejemplo ocurrió en 1780, en los momentos de sequía o carestía, el obispo solía dispensar completamente a los carnívoros habitantes de Buenos Aires de la obligatoria abstinencia de carne...⁴²

Gráfico 1
1776 y 1789: entradas mensuales



³⁸ Ver BNRJ-I-28-34-40 y AGN-IX-19-4-9, fjs. 307; asimismo *Abastos*, pp. 147-148.

³⁹ Lamentablemente, no hemos podido localizar de cuál de los corrales se trata, ver AGN-IX-20-1-13.

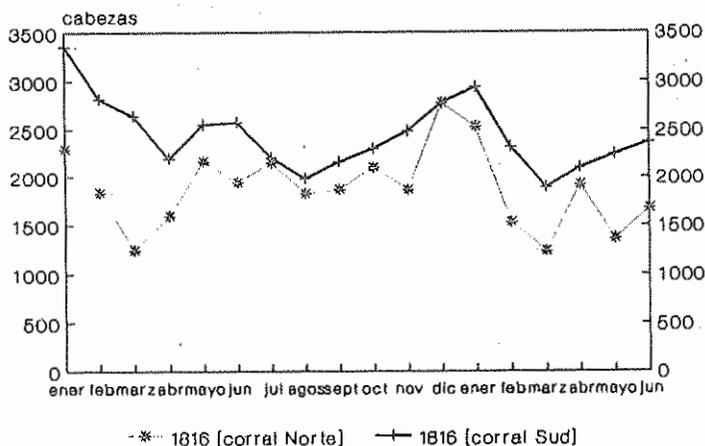
⁴⁰ BRAM-9-21-6, 93, fjs. 92.

⁴¹ Para el ámbito católico, ver la voz "carême" en el *DICTIONNAIRE DE THÉOLOGIE CATHOLIQUE*, LIBRAIRE LETOUZEY ET ANÉ, tomo 2, segunda parte, París, 1932 (las iglesias reformadas y la ortodoxa también cumplen el precepto, pero en modo diverso).

⁴² ACBA, III, VI, pp. 488-489.

De todos modos, es visible la caída de las curvas durante ese período religioso. Seguidamente, la interperitación de la curvas está ligada más directamente con la oferta que con la demanda; es decir, relacionada con el ciclo ganadero (la época de las pariciones y la inmediata yerra⁴³), y con las lluvias, sean las invernales como las primaverales. En ese momento, los caminos se convierten en auténticos barriales y el paso de los animales, si bien casi siempre posible, termina produciendo una pérdida de peso apreciable en los novillos⁴⁴. Y es por eso que los reseros y criadores no envían animales a los corrales durante los períodos más lluviosos (aprovechando también la ocasión para presionar sobre los precios...⁴⁵). Esteban Echeverría sitúa la acción de *El matadero* en un momento lluvioso de la cuaresma, para acentuar justamente el contraste entre la actividad normal y los períodos de escasez⁴⁶. En 1812 se llegó a proponer el alquiler de algunos potreros en el ejido para mantener de 1.500 a 2.000 reses en internada y evitar de este modo las interrupciones en las entradas de ganado⁴⁷.

Gráfico 2
1816/1817: entradas mensuales



⁴³ Generalmente, la documentación colonial sitúa la yerra en los meses de agosto y septiembre, con prolongación hasta fines de la primavera; las pariciones anteceden a la yerra (ver, entre muchos documentos: quejas del arrendatario de Cuatropea en 1686, en AGN-IX-13-5-1; Acuerdo del Cabildo de 1720, en ACBA, II, IV, p. 194; presentación del Fiel Executor, 1787, AGN-IX-30-9-7; escrito de Antonio Millan de 1821 acerca de la yerra y los diezmos, en AHPBA-50-5-25, expediente 15, etc.).

⁴⁴ Sobre el estado de los caminos y el abasto, ver para 1802, *Abastos*, pp. 161-166.

⁴⁵ Un documento de 1805 nos habla de cómo los abastecedores aprovechan los períodos de lluvias y malos caminos para presionar sobre los precios: "La mas lebe novedad en las estaciones les abre margen pa. exajerar sus afanes y tareas exponiendo escasez de ganados...", *Abastos*, p. 173.

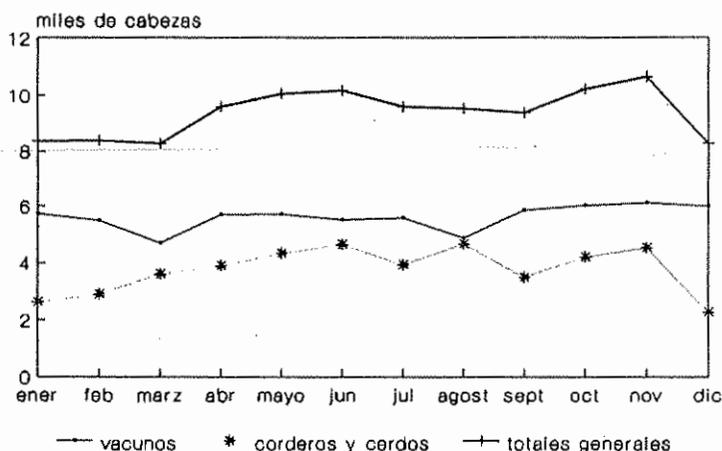
⁴⁶ E. Echeverría, *EL MATADERO*, B. Aires, Peuser, 1946.

⁴⁷ AGN-IX-19-6-4, fjs. 438-439.

Si nos referimos a los datos de 1816 y 1817, para dos de los tres corrales (los más importantes, es decir, los del Sur y el Norte), observamos que el comportamiento anual del mercado de la carne sigue siendo más o menos el mismo. Las caídas durante los dos períodos de Cuaresma, más las detenciones durante el invierno y parte de la primavera, son evidentes también en estos años.

Para 1822, hemos graficado la comparación entre las entradas mensuales de vacunos y las de corderos y cerdos, que hemos sumado; esto nos muestra la muy personal interpretación que los porteños de la época tenían de Cuaresma y su peculiar concepción (que indudablemente ha llegado hasta nuestros días) según la cual la única y auténtica "carne" es la carne de vaca (quizás por ello el consumo durante la Cuaresma de corderos y cerdos no parece particularmente afectado).

Gráfico 3
abasto: vacunos, corderos y cerdos 1822



La estructura de la demanda vacuna y los saladeros

La aparición de los saladeros va a complicar bastante al mercado de la carne y a la actividad pastoril bonaerense. Si bien, como vimos, éstos se inician en 1811 en la banda occidental del Plata, con el establecimiento que funda en Ensenada Robert Staples, será recién desde mediados de la década cuando los efectos de la demanda de los saladeros presionen sobre el mercado de ganado engordado. Desde 1816, y en especial durante 1817 y 1818, el conflicto estalla en forma abierta. Resumiremos los hechos principales, pues tanto Alfredo Montoya como Tulio Halperin⁴⁸ (después de algunos escritores y publicistas como José Ingenieros, Adolfo Saldías, Juan Alvarez y José

⁴⁸ A. Montoya, LOS SALADEROS..., cit. y T. Halperin Donghi, "La expansión ganadera...", cit.

María Rosa, entre otros) se han extendido sobre la cuestión en su momento. Sólo puntualizaremos algunos elementos y agregaremos nuevos datos para enriquecer la discusión.

En abril de 1817, ante el aumento de los precios de los vacunos (al que se le sumó un incremento también notable del precio del trigo), el Fiel Ejecutor y el Cabildo, en representación de los intereses de los consumidores, inician una serie de reuniones con representantes de los abastecedores, los ganaderos y los saladeristas⁴⁹.

Un escrito presentado por el grupo de abastecedores y de hacendados más ligados al abasto acusa a los saladeros por este aumento de los precios⁵⁰; Antonio Millán, un hacendado mediano de Cañuelas⁵¹ encabeza este grupo (y es notable que el mismo no aparezca como introductor ni vendedor de ganado para el abasto, al menos durante el período de 1816 y 1817 que antecede al conflicto). Adolfo Saldías recuerda una copla laudatoria suscitada por la acción de Millán:

*"Estimable Millán, con cuanto gusto,
Cantar quisiera tu noble empeño,
Los efectos felices que el Porteño
Va a reportar en venidero día,
Si con tesón defiendes nuestra cría..."*⁶²

Entre los firmantes del escrito se hallan los abastecedores más importantes de los tres corrales, como Gabino Lima —el primero de la estadística en 1817— los Zorrilla, Patricio Carrasco, Lorenzo López y otros, como también algunos de los hacendados más ligados a éstos (Juan Miguens, Francisco Míguez y Francisco Piñeyro, los tres primeros criadores de la estadística del abasto de 1817). Pero, junto a éstos, hay otros nombres que sería interesante saber por qué se hallan aquí, como Tomás Grigera —el autor del *Manual de Agricultura*— y Manuel Moreno, federal doctrinario", futuro diputado provincial y que sería periodista de *La Abeja Argentina*. Si indudablemente el lobby de los abastecedores (muy poco interesados en que los criadores tuviesen otros comparadores que ellos mismos) parece estar detrás de este documento, hay aquí representados también intereses más complejos, desde los consumidores hasta los labradores⁵³.

En realidad, la mayor parte de los corraleros son individuos de recursos limitados, y los más poderosos de ellos —pese a su oposición a los saladeros en 1817 y 1818—

⁴⁹ Ver AGN-DX-19-6-11, fjs. 273-273 vta.

⁵⁰ Cf. AGN-DX-10-3-3.

⁵¹ Ver su inventario realizado en 1833, AGN-Suc 6790.

⁵² A. Saldías, HISTORIA DE LA CONFEDERACIÓN ARGENTINA, tomo I: ROZAS Y SUS CAMPAÑAS, B. Aires, Orientación Cultural Editores, 1958, p. 30; el autor cita otras varias coplas alrededor del tema.

⁵³ De hecho, los firmantes se autodefinen como "Labradores, Hacendados, Reseros, abastecedores y Artesanos...".

terminarían paradójicamente pocos años más tarde siendo... saladeristas⁵⁴, lo que era lógico, pues con ello no hacían más que hacer rentable su profundo conocimiento del negocio y sus redes de criadores, pero destinando ahora las reses a diversos fines, sea al abasto, sea a sus saladeros.

Otros personajes de relieve participan en la polémica⁵⁵ y podemos destacar a Juan Manuel de Rozas, quien presenta un escrito -bastante oscuro por cierto- en defensa de los saladeros (él mismo era saladerista en ese entonces, no lo olvidemos, en asociación con Terrero y Luis Dorrego). En ese escrito el futuro Restaurador funda toda su argumentación en la necesidad de un refuerzo de "la ley y el orden" en la campaña, lo que no podría extrañar a nadie:

"La campaña del Sud rico deposito de ganado mayor precisa de una policia rural ejecutiva. Subsiste en ella una turba de ociosos, vagos y delincuentes qe. consumen, desperdician y faenan tanto numero de reses... Semejante turba se tolera, no se pesquisa ni se persigue. La utilidad qe. algunos reportan de las escasas sementeras qe. entre terrenos de estancias y en los que. no lo son, hacen ombres desconocidos y qe. aparecen poblados de la noche a la mañana..."⁵⁶

En fin, conocemos hasta el cansancio la letanía de los que comienzan a llamarse a sí mismos "verdaderos hacendados" acerca del papel nocivo de ese sujeto social: el **labrador/no propietario** (y por lo tanto **labrador/ladrón**), y Rozas —quien más tarde se uniría a los federales doctrinarios en defensa de estos mismos labradores contra las leyes de libre internación de las harinas importadas— no hace aquí más que desarrollar todos los lugares comunes de una concepción policial de las luchas sociales (que era ampliamente compartida aún por escritores tan alejados de ese espectro ideológico como Manuel Belgrano⁵⁷).

Indudablemente, el conflicto está relacionado con el surgimiento de una nueva demanda —que se suma a la del abasto— para los novillos, causada por la aparición de los saladeros. La capacidad productiva en ganado gordo de los establecimientos bonaerenses no era excesiva y el ritmo de producción no pudo seguir el crecimiento de la demanda total, presionando así sobre los precios de las vacas, de los novillos y de la carne (esto, dada la importancia de la carne en el consumo de toda la población, termina trasladándose en cadena, produciendo un efecto inflacionario). El problema clave aquí no es sólo la mera capacidad productiva de cueros, sino la capacidad de responder a una demanda de ganado gordo que se ha duplicado en pocos años. El conflicto es bastante

⁵⁴ Tal el caso, nada más ni nada menos, de Gabino Lima (el primer introductor de los tres corrales en 1817 y del Oeste en 1816 y 1817), que sería propietario de un saladero en la década del veinte o de Patricio Carrasco, Luciano Gaete, Juan Santos López y Sebastián Vallejos —que tienen un lugar destacado en la estadística de corraleros de 1816 y 1817— y que aparecen firmando un pedido de los propietarios de saladeros al gobierno en 1820; ver estos últimos datos en A. Montoya, *HISTORIA DE LOS SALADEROS...*, cit., pp. 66 y 68.

⁵⁵ Ver, asimismo, los escritos presentados en 1818 por Jorge Pacheco y Rafael Pereyra Lucena (futuro diputado provincial que votaría, al lado de los dos Dorrego y otros federales "doctrinarios", la prohibición de introducción de las harinas importadas en 1824), ambos en AGN-DX-10-9-4.

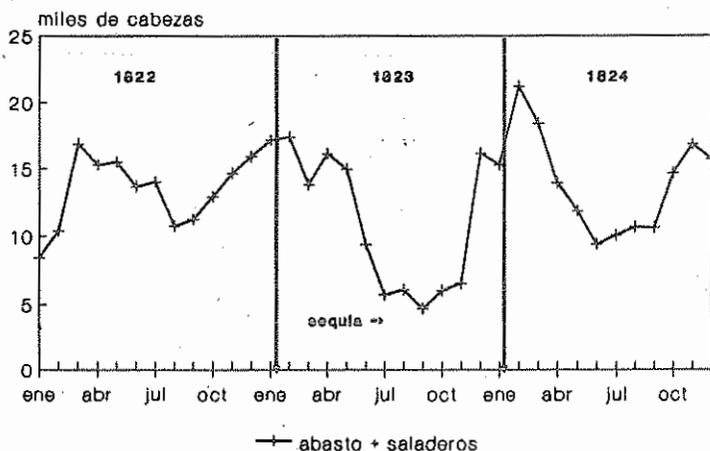
⁵⁶ AGN-X-22-10-6, 1818.

⁵⁷ Ver "Cria de ganados", en *SUS ESCRITOS ECONÓMICOS*, B. Aires, Raigal, 1954.

menos oscuro de lo que lo presentan los revisionistas (en esta versión Pueyrredón, a instancias de Rivadavia, actúa casi como "agente inglés" y cierra los saladeros⁵⁸) o los panegiristas del Director Supremo, que nos hablan de "pacto de hambre" entre saladeristas y abastecedores⁵⁹.

Los datos que hemos ya utilizado de 1822-1824 resultan bastante evidentes en relación a lo que decíamos. Y los gráficos que el lector consultará en las páginas siguientes, pensamos que confirmarán esa impresión. Veamos en el gráfico 4 cómo se estructuraba la demanda total de ganado engordado en esos años:

gráfico 4
consumo de ganado engordado, 1822/24



El ciclo ganadero típico —para el caso de 1823 se agrega la fuerte sequía de otoño/invierno de ese año— consiste en fuertes entradas durante el verano, caída desde inicios del otoño y nuevo repunte en la primavera. El gráfico 5 nos muestra el desempeño de la curva de ganado para el abasto. Vemos una curva en ligero crecimiento y con muchos menos altibajos que las precedentes y el gráfico 6 (los datos de los tres años en curvas sobreimpuestas) confirma esa primera impresión.

El gráfico 7 nos muestra de qué forma la demanda total está sin duda "dirigida" por la demanda de los saladeros y, lógicamente, durante el peor momento de sequía éstos desaparecen casi por completo cuando el abasto, aun con cifras bajas, sigue "tirando" sobre la demanda.

⁵⁸ J.M. Ross, DEFENSA Y PÉRDIDA DE NUESTRA INDEPENDENCIA ECONÓMICA, B. Aires, Huemul, 1954, pp. 67-68.

⁵⁹ J.C. Raffo de la Reta, HISTORIA DE JUAN MARTÍN DE PUEYRRREDÓN, B. Aires, Espasa Calpe, 1949, p. 297.

gráfico 5
abasto, 1822/24

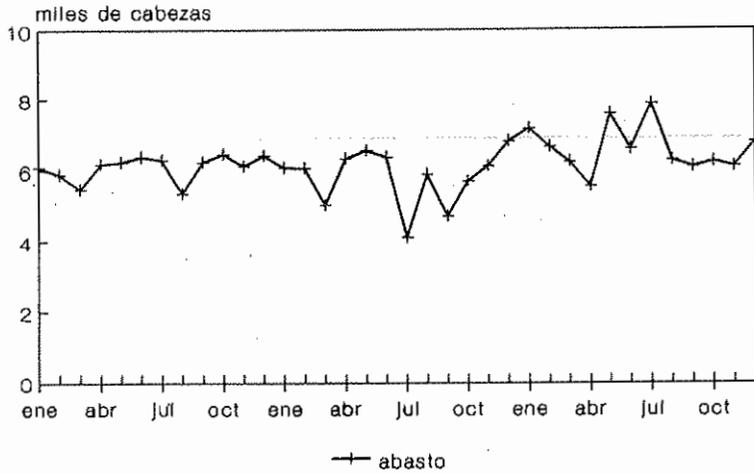
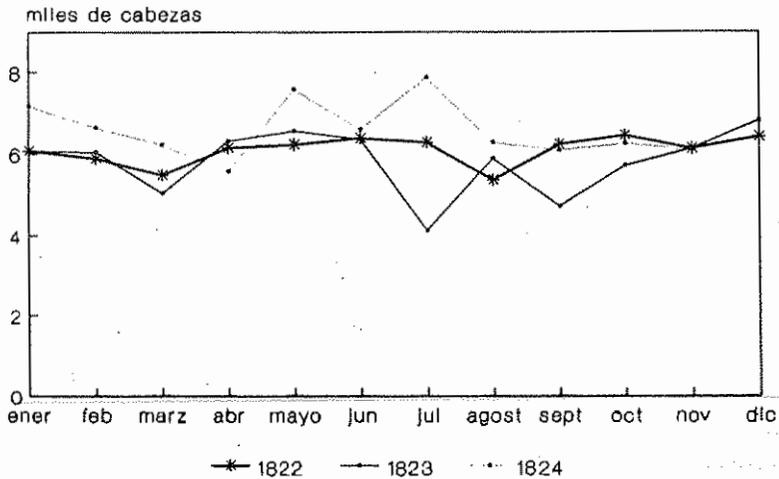


gráfico 6
abasto: 1822, 1823 y 1824



Pero el gráfico 8 es, según nuestra opinión, el más importante de esta serie. Allí hemos separado a los novillos de las vacas. Sabemos que, por una autorización especial —pues en general (desde 1810 se reiteró la prohibición varias veces) no estaba permitido matar vacas para el abasto— se permitió también el sacrificio de vacas. Asimismo,

gráfico 7
abasto/saladeros, 1822/24

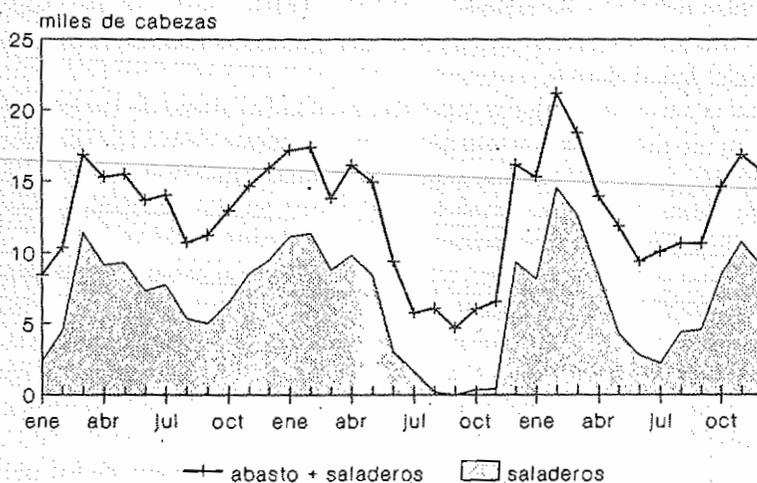
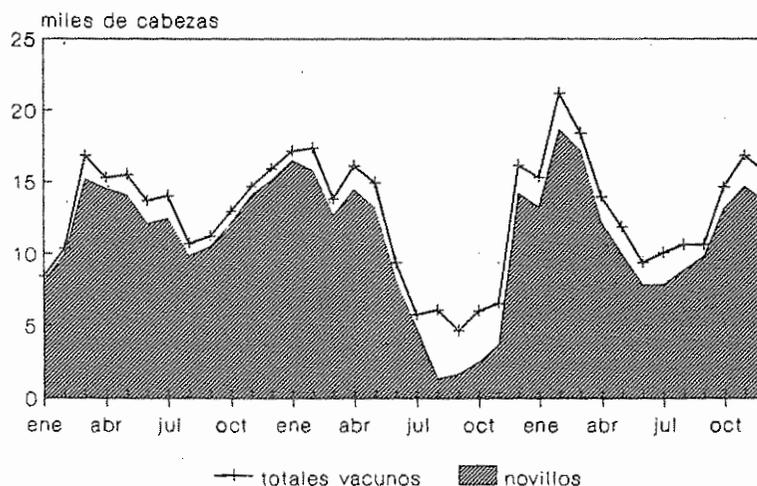


gráfico 8
novillos y vacas, 1822/24



hemos visto que los saladeros prefieren los novillos, mientras que el abasto consume novillos y vacas. El gráfico muestra muy claramente de qué modo, cuando hay una sequía o cuando se está en los momentos más duros del ciclo ganadero, se acentúa la entrada y el sacrificio de vacas. Ello indudablemente amenaza la continuidad del

crecimiento del *stock* ganadero, pues se eliminan futuros vientres. Pero, además, esto nos muestra que algunos de los argumentos de los polemistas de 1817, acerca de las dificultades de la oferta de ganado gordo para hacer frente a la doble demanda de abasto y saladeros (nos referimos en especial a Antonio Millán, quien, en otro escrito, había dado cifras bastante pesimistas acerca del *stock* ganadero total de la provincia⁶⁰), no eran totalmente descabellados.

Si se matan vacas es porque la capacidad productiva global de los establecimientos productivos en novillos de dos y tres años —los de mayor peso y mayor productividad cárnica— todavía no alcanzaba para suplir la demanda sumada del abasto y los saladeros. Se matan vacas porque la demanda "tira" y con precios excelentes, pero se actúa en la cuerda floja pues se está amenazando el *stock* futuro. Basta que llegue una sequía de cierta gravedad y duración, como ocurriría a fines de la década del veinte, para que la actividad productiva más importante de la provincia se encuentre en un estado crítico.

Pero, además, si volvemos por un instante a los gráficos del abasto, es notable que una de las consecuencias de esta nueva estructura de la demanda será la de *racionalizar* en parte el consumo de carne vacuna (y ello se advierte si comparamos estas curvas con las de los períodos precedentes). Lo que hasta ayer era un consumo fundado en la exuberancia y el desperdicio, se convertirá por efecto de la subida de los precios y los cambios en la composición de la demanda de ganado gordo, en un sistema de consumo más racional y —esto, como veremos, es mucho más difícil de probar— probablemente, menos abundante *per capita*.

Veamos ahora, un poco más de cerca, algunos otros datos sobre este mercado. Ante todo, ¿cómo se reparten las entradas en los diversos corrales? Para los años finales del período tenemos los siguientes datos⁶¹:

Cuadro 3			
Entrada de novillos a los tres corrales: 1812/1819, porcentajes			
	Sur	Norte	Oeste
1812/1816	43%	34%	23%
1817*	44%	33%	23%
1819**	49%	27%	24%

* primer semestre
** febrero/junio

Fuentes: ver nota 61.

Antes de hacer un rápido comentario, hay que señalar que si bien *tendencialmente* los animales que entran en cada uno de los corrales corresponden, más o menos, a las diversas áreas geográficas (es decir, en el Sur, entran en su mayor parte novillos criados

⁶⁰ AGN-IX-19-6-11, fjs. 285-287.

⁶¹ 1812/1816: AGN-IX-19-6-12, fja. 318; 1817: AGN-III-33-1-14 y AGN-III-33-1-15; 1819: AGN-IX-19-6-4.

o engordados en la zona sur de la campaña y así sucesivamente), nada impedía que, como ocurría muy seguido, criadores del norte o del oeste entraran por el Sur y viceversa, como lo podemos comprobar en las detalladas boletas de entrada cotidiana de los años 1816 y 1817 que se hallan en el AGN⁶². Por lo tanto, lo que decimos a continuación debe ser tomado con pinzas.

Lo que nos interesa señalar frente a estos datos es su coincidencia con los que resultan de los diezmos en cuanto a la relación entre áreas geográficas y zonas de cría de ganado vacuno. En efecto, los datos decimales para los años 1810-1820 muestran el progresivo dominio de Magdalena, frente a Arrecifes y la posición secundaria de los partidos de Areco y Luján⁶³. Lógicamente, no intentemos pedirle a estos datos más de lo que ellos pueden dar —entre otras causas, por la razón ya apuntada anteriormente— pero volvemos a percibir aquí el dramático giro que daría la ganadería rioplatense durante esos años en relación a la ocupación de las tierras allende el Salado y la crisis de la ganadería nortea a fines de los años diez del siglo XIX.

Esa crisis se acentuaría a causa los acontecimientos políticos y militares de fines de la primera década postrevolucionaria. Los rematadores del diezmo de cuatropea de 1820 para los partidos de Arrecifes (que incluía San Nicolás, Ramallo, Pergamino, áreas hasta hacía unos años plétoras de ganado) y Areco, relatan en 1821 las consecuencias desastrosas del paso de las partidas armadas de Estanislao López, Pancho Ramírez, Alvear y los Carrera por el norte bonaerense⁶⁴.

Reseros, abastecedores y criadores

Desde los comienzos del período que estamos estudiando, es posible verificar la existencia de una división operativa entre los hombres que recorren la campaña en búsqueda de animales que comprar para el abasto, llamados muchas veces "reseros" o "corraleros", y aquellos que se encargan sólo de realizar los arreos ("arrieros") desde las estancias y demás explotaciones ganaderas hacia Buenos Aires. Es evidente que no es fácil saber en cada caso ante cual de estas figuras nos hallamos. También existe otra diferenciación obvia y mucho más fácil de percibir: la que separa a los reseros y arrieros de los "criadores", es decir, los propietarios de los animales que se internan en los corrales, muchos de los cuales son probablemente también "invernadores" de animales comprados a otros productores; algunos de éstos poseían ya en la época un cierto refinamiento técnico y un conocimiento práctico apreciable (como ese propietario de Las Conchas que tenía novillos "a galpón" en 1767)⁶⁵.

⁶² Lamentablemente, en ellas raramente se registra el lugar de origen, como veremos.

⁶³ Ver nuestro estudio, ya citado, "Producción ganadera..." y en especial, el apéndice estadístico.

⁶⁴ AGN-IX-13-5-7.

⁶⁵ "...tres leguas de aquí cerca de las Conchas está una estancia con un galpon de Paja donde tienen mucho ganado al cargo de dos capataces negros... y siete negros mas...", Chacarita, 1767, AGN-IX-1-4-2.

Los datos ya utilizados del abasto de uno de los corrales de Buenos Aires en 1776 y 1789⁶⁶ nos permitirán una primera aproximación al problema de la relación entre los "corraleros" o "reseros" y los criadores. En 1776 hay un total de 263 "actos de introducción" (en realidad trabajaremos sólo con 262, descontamos un caso realmente excepcional de introducción de 800 reses en una sola operación pues está tan alejada del promedio que su inclusión sólo complicaría las cosas y daría resultados estadísticamente deformados). El total de reses introducidas es de 6.535 animales y ello da un promedio de 25 cabezas por introducción (si contamos las 800 reses la suma es 7.335 y el promedio sube entonces a 28 animales); hay un total de 48 introductores con un promedio de 132 reses por introductor. El grado de concentración es relativamente bajo, pues los primeros cinco introductores alcanzan al 33.8% del total.

Los criadores cuyo nombre aparece registrado —no todas las operaciones consignan este dato— son 130 y éstos introducen un 68.5% del total de las reses; para las restantes, como dijimos, no tenemos el nombre del criador. El grado de representatividad de los datos sobre los criadores es mediano, pero significativo. Estos 131 criadores, entre los que se cuentan nombres conocidos, como *Januario Fernández* o apellidos como los *Pinazo* o *Villoldo*, tienen un promedio de 34 animales por criador. Este promedio, pensando que se trata de datos para todo el año, es significativo y muestra la dispersión bastante alta que hay en esta época en el mercado del abasto de carne para la ciudad. El grado de concentración es muy bajo y está en consonancia con esa alta dispersión: los primeros cinco criadores envían al mercado un 16% del total de las reses introducidas ese año. Es interesante verificar que de estos cinco, los cuatro primeros llevan el título de "don".

Para 1789, siempre refiriéndonos al mismo corral y partiendo de idéntica fuente, notamos algunas diferencias. Ante todo, como era de imaginar, hay un crecimiento en el total (9.895 animales introducidos en el año 1789 frente a 7.335 para 1776). Los "actos de introducción" son también mayores y el promedio por acto, si bien aumentó, no está muy alejado del anterior (33 reses frente a 25), pero ahora se nota una muy apreciable diferencia en cuanto al grado de concentración en los introductores. Si en 1776 eran 48 introductores, tenemos sólo 29 en 1789 y el grado de concentración resulta así muy destacado: los primeros cinco introductores alcanzan a tener un 56.6% del total con un promedio de 341 reses por introductor y uno de ellos, *José Ferreira*, internando 2.527 animales, llega a tener casi el 26% de ese total. Estos introductores son los que las fuentes suelen llamar con cierta frecuencia "corraleros".

En cuanto a los criadores, la fuente este año es totalmente confiable, pues tenemos los nombres de todos ellos, menos uno. Se trata de 202 personas diferentes y el grado de concentración es aún más bajo que en 1776, pues los primeros cinco llegan al 12.6% del total (era de un 16% en 1776). Algunos nombres de estancieros importantes como *López Camelo*, *Juan de Azebey* y *Felipe Martínez* se destacan, pero es indudable que —frente a un apreciable proceso de concentración en los compradores/arrieros— nos hallamos como contrapartida ante el aumento del fenómeno de dispersión en los criado-

⁶⁶ AGN-IX-20-1-3; en el apéndice hemos agregado los datos puntuales para cada uno de los períodos analizados.

res, aun cuando el promedio *per capita* ha subido de 34 cabezas a casi 49 en 1789. Esto último, por supuesto, nos habla de un crecimiento en los *stocks* vacunos en manos de los criadores.

Veamos ahora los datos de 1816 para el corral del Oeste (lo hemos elegido por ser el que tiene menos lagunas en relación a los nombres de los criadores). Hay que señalar que se trata de las boletas cotidianas de entradas —y que la suma total coincide casi exactamente con el resumen que aporta otra fuente— y, por lo tanto, se trata de una fuente altamente confiable⁶⁷.

Hay 334 "actos de introducción" para las 18.771 reses entradas durante ese año y ello nos da una media de 56 reses por acto de introducción; se distingue aquí mucho más claramente que en las situaciones anteriores la diferencia entre los "corraleros" (es decir, los introductores) y los criadores. Hay sólo once corraleros en todo el año y los primeros cinco controlan casi el 80% de las entradas (confirmándose así la tendencia que veíamos delinear: la constitución de un "cuerpo" especializado de introductores por cada corral; éstos si no monopolizan todas las compras, dominan muy claramente a las que se internan en este corral), pero, veamos qué pasa con los criadores.

Hay sólo 17 actos de introducción en donde no consta el nombre de los criadores y sospechamos que se trata en su mayor parte de "corraleros" que entran estas reses a nombre propio (ello representa sólo el 4% del total de las reses entradas en ese corral); es decir, el grado de representatividad de lo que diremos es altísimo. Y bien, hay 211 criadores, de los cuales los primeros cinco —en orden de importancia— no alcanzan al 15% del total de las reses entradas; para los 206 restantes el promedio por criador llega a las 74 cabezas. Recordemos que en 1776 los cinco primeros tenían el 16% y en 1789 el 12.6% del total. O sea, si bien el crecimiento del *stock* ganadero dedicado al engorde es constante (34 cabezas en 1776, 49 reses en 1789 y 76 cabezas en este corral en 1816), el grado de dispersión en la oferta de cría y engorde se mantiene inmutable.

Hemos hablado hasta ahora de un corral, ¿qué pasaría si nos referiésemos al conjunto de los tres corrales? Pasemos entonces a los datos del primer semestre de 1817⁶⁸ para los tres corrales de Buenos Aires; ellos permiten comprobar la continuidad de este proceso de incremento de los *stocks* vacunos que ha ocurrido en estos años que corren desde 1776. Ahora tenemos un total de 6.860 reses en el primer mes (casi igual al total para todo el año de un corral en 1776!!) y 31.499 para el semestre. Hay 55 introductores, lo que nos da un promedio de 583 reses por introductor. Los cinco primeros controlan el 27.6% del total (una cifra de concentración que es menor que la de 1789 y un poco superior a la de 1777), pero estamos aquí comparando los tres corrales con los datos de un solo corral para los dos años precedentes. Ya vimos, en el ejemplo del corral del Oeste de 1816, que en cada corral hay un grupo reducido y especializado de introductores o "corraleros".

⁶⁷ AGN-III-33-1-7; III-33-1-8; III-33-1-9; III-33-1-10; III-1-11; III-33-1-12. La suma total, introductor por introductor y día por día, es de 18.771 cabezas y en los papeles del Archivo del Cabildo, en AGN-IX-19-6-12, fjs, 318, el resumen general da 18.777 cabezas.

⁶⁸ Se trata de las boletas cotidianas y las listas del abasto de los tres corrales y suponemos que la serie está completa, pues siempre coinciden unas y otras; en AGN-III-33-1-14 y AGN-III-33-1-15.

En cuanto a los criadores, éstos son 259 durante el semestre, con un promedio de 121 animales por introductor⁶⁹. El grado de concentración es muy bajo y bastante próximo a los porcentajes de los tres años anteriormente estudiados: los cinco primeros criadores controlan el 17% de los envíos. Estas pocas cifras nos muestran no sólo los sustanciales incrementos de los *stocks* ganaderos en los casi treinta años transcurridos, sino también la persistencia de un mercado todavía con apreciable grado de dispersión en cuanto a su oferta. Al lado de nombres de estancieros importantes, como los de Juan Miguens o Francisco Míguez —ambos de Magdalena— sigue habiendo una multitud de pequeños criadores de novillos que venden una o dos veces en el semestre y que no debieron contar con *stocks* vacunos muy elevados.

Un ejemplo en el que constan todos los criadores y los lugares de origen —lamentablemente este dato aparece sólo en forma esporádica— nos permitirá entender mejor lo que estamos señalando. Veamos las introducciones que realiza en ese semestre Salvador Alzamendi, uno de los diez abastecedores más importantes:

Cuadro 4

Reses introducidas por Salvador Alzamendi: 1er semestre 1817

fecha	cantidad	criador	lugar
03/01/17	40	Ramon Cepeda	Magdalena
18/01/17	51	Gergorio Almiron	Chascomus
06/02/17	46	"	"
09/02/17	43	Pedro Cascallares	Magdalena
11/02/17	56	Atanacio Gutierrez	San Vicente
20/02/17	42	Francisco Miguez	Magdalena
24/02/17	67	Atanacio Salazar	San Vicente
27/02/17	47	Andres Espinoza	"
17/03/17	35	Pedro Cascallares	Magdalena
23/03/17	54	Gregorio Almiron	Chascomus
27/03/17	57	Joaquin Suarez	Magdalena
05/04/17	50	Goyo Romero	?
07/04/17	51	Andres Cascarena	Las Islas
15/05/17	39	Gregorio Almiron	Chascomus
17/06/17	59	Santiago Chiclana	San Vicente

Si descontamos las reses compradas en Magdalena a Francisco Míguez —el segundo criador en la estadística de ese semestre—, en los demás casos se trata de

⁶⁹ Es interesante señalar los promedios diferentes entre las cifras del corral del Oeste en 1816, 76 reses por criador y las del primer semestre de 1817, es decir 121 cabezas por criador, pues ella nos ilustra muy bien las diferencias en los *stocks* ganaderos del Norte, Sur y Oeste.

medianos y pequeños criadores que no alcanzan a enviar un centenar de animales durante todo el semestre, con la excepción de Gregorio Almirón quien, sin embargo, no vende a ningún otro introductor en el resto del semestre. Aquí el tipo de los negocios de estos traficantes de ganado resulta claro: Salvador Alzamendi, una vez cada diez días como promedio, se dirige a algunos de los pagos del sur (todos sus envíos entran en el corral del Sur) y hace sus pequeñas compras a diversos criadores de Magdalena, San Vicente y Chascomús para internarlos seguidamente en la ciudad. El pago de Las Islas, no hace referencia al delta del Paraná como podría suponerse, sino que muy probablemente se refiere a lo que se conocía como "Isla del Tordillo" y que sería después el partido de ese nombre.

En una palabra: el dominio del abasto de Buenos Aires por un grupo cerrado de abastecedores o de *estancieros*, del que hablan los revisionistas en su interpretación del enfrentamiento entre saladeros y abastecedores, no es fácil de probar para el conjunto de los corrales, aun cuando es indudable que existe en cada corral un grupo cerrado de introductores (de todos modos, nadie estaba obligado a vender en uno u otro corral). Nos encontramos en 1816 y 1817 con una oferta de ganado engordado muy similar y poco concentrada como la que hemos estudiado para los años 1776 y 1789. Lo que sí ocurre es que cada corral tiene un grupo bastante diferenciado de "corraleros" que introducen hacienda para ese corral; ahora bien, esto no tiene nada que ver con la dispersa oferta de los criadores.

Pasemos ahora a los datos de 1816 y 1817 para el abasto en el pueblo de San José de Flores en las proximidades de Buenos Aires; éstos son un muy buen ejemplo de lo que debería ser el abasto en los pueblos y villas de la campaña bonaerense en esos años y por eso nos detendremos un minuto en analizarlos.

La fuente que estamos utilizando son las boletas cotidianas que los abastecedores tenían que presentar cuando entraban los animales al pueblo para venderlos o para carnearlos, si se trataba de carniceros/abastecedores. Estas boletas se conservan en varios legajos del AGN y por supuesto, no hay forma de saber si la serie es completa⁷⁰, aun cuando la cantidad de animales entrados en promedio cada semana coincide con los cálculos que se hacían en la época para el pueblo de Flores⁷¹. La serie comienza el 18 de octubre de 1816 y finaliza el 29 de junio de 1817; se trata entonces de sólo diez meses pero, insistimos, creemos que es representativa de ese tipo de abasto de los pueblos de la campaña.

En ese período entran en Flores unas 2.690 cabezas de ganado vacuno, lo que hace un promedio de 256 cabezas mensuales, 64 semanales y casi 10 diarias. Pero examinemos ahora las características de los introductores y los criadores. Los introductores son 42 individuos y los 10 primeros acumulan un 66.6% del total, con un grado de concentración bastante alto.

⁷⁰ AGN-IX-19-6-10; AGN-IX-19-6-11 y AGN-IX-19-6-12.

⁷¹ Ver el pedido de don Jorge Zemborain, rematador del derecho de corrales, sobre las rebajas que solicita a causa de la no inclusión de San José de Flores en su postura (AGN-IX-9-6-12, fjs. 512-513).

Mas, el hecho realmente interesante es comprobar quiénes son los criadores y qué tipo de nexos se establece entre éstos y los introductores. Tenemos los datos de los criadores para un 77% del total de introducciones, o sea, que son bastante representativos, pero subsiste un margen de error. Hay un total de 119 criadores diferentes, es decir, en otras palabras, cada criador vende a los reseros e introductores un promedio de unas 17 cabezas en todo el período. Pero hay algunos casos dobles, diez y siete en total, y dos triples (estamos hablando de criadores que venden más de una vez), que corresponden a un 33.5% del total del ganado sobre el cual existe este tipo de datos; si descontamos esos casos múltiples, llegamos a la conclusión que el 84% de los criadores vende unas contadas reses sólo una vez a los introductores, con un promedio de 13.8 cabezas por cada acto de venta durante ese período de 10 meses. Sabemos además que la dispersión espacial de estos criadores es muy grande y se extiende hasta áreas muy alejadas como Arrecifes en el norte y Magdalena en el sur.

¿Cuáles son las principales conclusiones que nos dejan los datos acerca del mercado de la carne en la ciudad y su inmediata campaña? Primero, la especialización entre las figuras de los "reseros", "corraleros" y "criadores". Los primeros serían los encargados de transportar los novillos desde los lugares de producción o de engorde (lo que podríamos llamar las "estancias de cercanías"), hacia los corrales. Con frecuencia, estos mismos serían los encargados de la venta y, por lo tanto, esa figura coincidiría así con las de los "corraleros", que son los que efectivamente negocian —muchas veces, a cuenta de los "criadores", como sus consignatarios⁷²— los animales en los corrales. Y finalmente, los "criadores" son los productores de la campaña dedicados, entre otras actividades, a la cría y el engorde de animales para el abasto.

Si hablamos ahora entonces de los "criadores", comprobamos, ante todo, su amplia dispersión espacial. Además, la mayor parte de los criadores vende unas pocas reses al año a un grupo reducido de reseros e introductores que recorren la campaña comprando animales para internar en los tres corrales, así como en San José de Flores y Barracas. Si esos criadores tuviesen grandes hatos de ganados sería lógico que los reseros mantuviesen una cierta clientela fija, comprando (o consignando) repetidas veces en el año a un grupo relativamente cerrado de ganaderos. El hecho de que no lo hagan así y en algunos casos se alejen tanto espacialmente, está mostrando la persistencia de un importante sector de pequeños y medianos ganaderos que crían reses para el abasto de la ciudad y de los pueblos medianos y pequeños como Flores y otros pueblos y aldehuelas de la campaña.

Pero, además, como vimos, las cifras son concluyentes en cuanto a dos aspectos finales: el progresivo crecimiento del *stock* de ganado destinado a engorde y la amplísima dispersión cuantitativa de la oferta, con promedios por criador que nos hablan de la multitud de pequeños y medianos productores pecuarios que había en la campaña durante todo el período analizado (76 reses por criador en 1816 en el corral del Oeste

⁷² Un ejemplo típico: en 1809, don Pedro Arroyo le envía a Buenos Aires al corralero don Juan Luis Rincón, 147 novillos en tres envíos distintos, dándole los precios de venta —diferenciando los "de rodeo" más gordos, de los "del corrido", obviamente más flacos— y parece evidente que Rincón no ha comprado estas reses sino que las venderá en los corrales a cuenta de Arroyo; ver AGN-Sucesiones 7779.

—con cinco criadores controlando el 15% de los envíos— y 121 cabezas por criador para los tres corrales durante el primer semestre de 1817, con los primeros cinco que venden el 17% del total de los animales entrados ese semestre). Podemos comparar estas cifras con las que analizó Eric Van Young para la Guadalajara de fines del período colonial y comprenderíamos mejor el grado de dispersión de la oferta ganadera porteña; con una población comparable, pero con un mercado de carne vacuna mucho menos rico *per capita*, los cinco primeros criadores controlan en 1780-1781 el 71% del total de las reses entradas a Guadalajara⁷³.

Estos datos en realidad confirman lo que ya sabíamos a partir del análisis de los inventarios de "estancias" del período 1750-1815⁷⁴: la existencia de una amplia capa de productores rurales pequeños y medianos; pero dan una indicación además, siempre dentro de los marcos estrechos del período que estamos estudiando, de la relación entre pequeños, medianos y grandes productores pecuarios. Si del mercado de la carne se trata, el dominio de un sector de "estancieros" poderosos que controlarían ese mercado y fijarían el precio a su antojo, es inverificable a través de estas fuentes, que son totalmente confiables, como se ha visto.

¿Sería distinta la estructura de la oferta de novillos para los saladeros? No vemos razones atendibles para suponerlo y en todo caso, sospechamos que será muy difícil saberlo algún día (hasta donde hemos visto los archivos, los saladeros no eran objeto de ningún tipo de control y el relator del *Registro Estadístico* no deja de subrayar que los dueños de los saladeros dan los datos sobre faenamiento meramente por "buena voluntad...").

Los carniceros urbanos y el consumo *per capita*

Una vez entradas a los corrales del abasto, las reses serán sacrificadas por los "matanceros", muchos de ellos también carniceros. Algunas de las escenas en las que Esteban Echeverría volcó toda su imaginación romántica nos exigen casi de todo comentario acerca de cómo se realizaba esta sangrienta faena, especialmente si recordamos que el autor estaba muy lejos de conocer sólo de oídas ese mundo de los corrales⁷⁵. Tampoco los viajeros y cronistas ahorraron papel para evocar las escenas

⁷³ E. Van Young, "Hinterland y mercado urbano: el caso de Guadalajara y su región", en LA CRISIS DEL ORDEN COLONIAL. ESTRUCTURA AGRARIA Y REBELIONES POPULARES DE LA NUEVA ESPAÑA. 1750-1821, México, Alianza, 1992.

⁷⁴ Ver nuestro estudio, ya citado, "Las 'estancias' en la campaña de Buenos Aires...", cit.

⁷⁵ E. Echeverría, EL MATADERO, cit.; hay que recordar que el autor, pese a haber recibido -no inocentemente- una aureola de "niño mimado" urbano y pasado por París, había sido farrista y guitarrero en su juventud en los bailes del Alto, conocía muy bien el corral del Sur y no desdeñaba pasar largas temporadas en "Los Talas", el campo que tenía en propiedad junto con su hermano (cuyo casco se mantiene casi en el estado en que se hallaba en ese entonces).

fuertes que el matadero les proporcionaba⁷⁶.

Terminada esa etapa, los "carniceros" —que generalmente sólo tenían tienda puesta en las plazas, pues en su mayor parte eran ambulantes— recorrían las calles de la ciudad con su sanguinolenta carga. Más de un cronista relata, asqueado, el paso de esas carretas de los matanceros. Algunos inventarios *post mortem* de estos individuos nos muestran como suelen contar con varias carretillas "carniceras" —las carretas de dos ruedas tiradas generalmente por caballos o bueyes— y sus pequeñas tropillas de equinos y vacunos; solían también ocuparse de hacer cortas introducciones a nombre de algunos criadores y de vender los cueros de los animales faenados⁷⁷. Se trata en general, como ellos mismos se autodenominan en un escrito de 1808, de unos "pobres" hombres, pero, algunos de ellos, no dejan de poseer un pequeño capital, con esclavos incluidos⁷⁸.

Pero, para una historia social de las clases populares urbanas de Buenos Aires en la época, más que el espectáculo del matadero —que no dudamos sería francamente espeluznante— habría que analizar brevemente el aspecto del consumo *per capita* y de la disponibilidad de carne vacuna. ¿Cuánta carne consume un porteño de fines del siglo XVIII? Mucha, con cifras que son difíciles de creer, pero el lector juzgará por sí mismo las fuentes y la calidad de los datos.

Según un detallado documento de 1818, los novillos de dos años pesaban 386 libras, una vez descontada la merma y sumando todos los cortes, superiores e inferiores; los animales de tres años, suponiendo idéntica operación, llegaban a pesar 533 libras⁷⁹.

El peso promedio entre ambos sería de 459 libras y media, es decir, ca. 18 arrobas y 9 libras y media por animal⁸⁰, o lo que es lo mismo 207 kilos por novillo muerto, si calculamos a 18 arrobas y nos olvidamos del resto de las 9 y media libras⁸¹. Entre 1788 y 1792, el consumo promedio fue de 46.052 animales, o lo que es lo mismo, 9.532.764 kilos de carne, grasa y huesos (el sebo ya fue restado al realizar la operación

⁷⁶ J.A.B. Beaumont, VIAJES POR BUENOS AIRES, ENTRE RÍOS Y LA BANDA ORIENTAL (1826-1827), B. Aires, Hachette, 1957, pp. 113-114; Alexander Gillespie comenta que la abundancia de carne había convertido en carnívoras hasta las gallinas, cf. BUENOS AIRES Y EL INTERIOR, B. Aires, Hyspamérica, p. 95.

⁷⁷ Ver los inventarios de Atanacio Alvarado, "matancero" y abastecedor, 1805, en AGN-Sucesiones 3468; Juan Luis Rincón, 1809, AGN-Sucesiones 7779 y Juan Bautista Altamarino, 1827, AGN-Sucesiones 3480. Las introducciones directas de los matanceros causan, obviamente, la queja de los abastecedores por esta competencia "desleal", cf. *Abastos*, pp. 176-179, 1807.

⁷⁸ El escrito de referencia, es de 1808 y se halla en AGN-IX-19-5-10, fjs. 263-263 vta; ver los esclavos en el inventario de A. Alvarado, en AGN-Sucesiones 3468.

⁷⁹ AGN-IX-19-6-13; hay que señalar otro documento, fechado en 1803, que da un peso total de 455 libras para dos caderas, dos pechos, dos "ahujas" y dos piernas (ver AGN-IX-19-5-2, fjs. 625; publicado en *ABASTOS*, pp. 166-168), pero no distingue entre novillos grandes y medianos.

⁸⁰ En nuestro estudio "Ecosistemas y tecnología agraria: elementos para una historia social de los ecosistemas agrarios rioplatenses (1700-1830)", *DESARROLLO ECONÓMICO*, 28 (112), B. Aires, enero-marzo, 1989, pp. 549-575, habíamos calculado 15 arrobas por animal (o sea, 375 libras), al igual que C.S. Assadourian en "El sector exportador de una economía regional del interior argentino: Córdoba, 1800-1860 (Esquema cuantitativo y formas de producción)", en *EL SISTEMA DE LA ECONOMÍA COLONIAL*, Lima, IEP, 1982, pero en ese entonces no conocíamos esta fuente que estamos analizando ahora y al parecer, los novillos cordobeses eran un poco más livianos (ver F. Converso, "El mercado de carnes en la ciudad de Córdoba, 1810-1850", mimeo, 1987).

⁸¹ Es decir, estamos suponiendo una media de 450 libras y vimos que el cálculo de 1803 era de 455 libras de novillo.

de pesado anterior). ¿Cuánto debemos descontar aquí por los huesos? Las estadísticas europeas actuales calculan entre un 25% y un 35% de desperdicio; si elegimos esta segunda posibilidad, nos quedan 6.196.297 kilos de carne útil. Si Buenos Aires tenía más o menos 32.000 habitantes en 1792 —cifra bastante plausible, si recordamos que eran 24.363 en 1778— ello nos daría una media anual *per capita* de 193 kilos de carne vacuna... y nos estamos olvidando por completo aquí de los corderos y los cerdos que, como vimos, también se consumen en el abasto porteño.

Cuadro 5

Peso muerto de novillos en Buenos Aires: 1818 (en libras)

	novillo grande	novillo mediano
carne superior		
2 costillares	84	64
2 caderas	226	176
2 metambres	9	7
1 lengua y quijada	11	8
total parcial	330	255
merma	25	26
subtotal	305	239
carne inferior		
2 piernas	48	43
2 brazuelos	56	35
2 "ahujas"	116	65
1 cogote	27	18
1 lomo	18	10
total parcial	265	171
merma	37	24
subtotal	228	147
total general	533	386

Pongamos esas cifras en una perspectiva comparativa; según estadísticas del Mercado Común, en los años 1973-1974, cada francés consumía 29 kilos de carne vacuna y cada belga, unos 25 kilos, siendo los dos países de la CEE en donde se consume más este tipo de carne. Si nos referimos al consumo medio *per capita* de todos los tipos de carne (vacunos, cerdos, corderos y aves de corral), el máximo consumo corresponde nuevamente a los franceses con 96 kilos de carne anual y le siguen los

irlandeses con 91 kilos⁸².

Volvamos a nuestras estadísticas: ¿son creíbles? Y sí, salvo que todas las cifras del abasto sean falsas, lo que es muy improbable, o que los novillos rioplatenses de la época no pesen 200 kilos como promedio (y todos los datos muestran lo contrario) o que Buenos Aires tuviese en realidad muchos más habitantes que esos 32.000 calculados para 1792 —y este es el dato menos seguro. O que todos estos elementos estén actuando a la vez; perfecto, supongamos eso y dividamos la cifra de 193 kilos por tres, por cuatro o por cinco; tenemos así 64 kilos, 48 kilos y 39 kilos de carne vacuna *per capita*! Sin tomar en cuenta a los corderos, cerdos y otros tipos de carne, como las aves de corral.

¿Qué sucede en la década del veinte? ¿Se perciben cambios en estos promedios? Nuevamente las cifras de población nos causan problemas, pero veamos los datos que poseemos. Según el *Registro Estadístico* había en la capital 68.896 personas en 1822, pero los autores más serios consideran que esta cantidad es excesiva⁸³; tomemos la que nos da Marta Goldberg de 55.416 habitantes para 1822⁸⁴. El consumo del abasto fue de 72.935 animales en 1822 y ello nos da una media *per capita* de 179 kilos (siempre descontando un 35% de desperdicio), si dividimos por la cifra de habitantes propuesta por Goldberg y si lo hacemos por un número intermedio entre esta y la del *Registro*, llegamos a 158 kilos para unos hipotéticos 62.156 habitantes en 1822.

Sea cual sea la cifra de población elegida, se advierte un cierto descenso respecto a los promedios de 1792 y si todos estos cálculos fueran correctos, ello querría decir que nuestra interpretación de las curvas de consumo de los años 1822-1824, en el sentido de la introducción de una cierta racionalidad —bien relativa por cierto— en el mercado de la carne vacuna por efecto de la demanda de los saladeros, sería adecuada. El gráfico 9 nos muestra las tendencias comparadas del abasto porteño para los períodos 1783-1792 y 1812-1824; obviamente, las curvas sobre crecimiento del consumo muestran una tendencia diferencial en los dos períodos.

De todos modos, los promedios de consumo siguen siendo enormes y ellos nos dan una idea somera acerca del nivel de proteínas animales que disponían nuestros antepasados de la época y de sus consecuencias probables sobre el estado general de nutrición de la población.

Pero hemos hablado hasta aquí de consumo *per capita*, veamos ahora el otro aspecto, íntimamente relacionado con el primero, pero que no debe ser confundido, es decir, el de la disponibilidad de la carne vacuna. Para ello, nada mejor que comparar los precios de 1803 y 1818 en dos novillos de peso casi idéntico:

⁸² G. A. H. Elton, "European Diets in Relation to Standards of Need", en J. Yudkin, *DIET OF MAN: NEEDS AND WANTS*, London, Applied Science Publishers Ltd., 1978; ver también la discusión que sigue a este artículo, en las pp. 41-45 del libro.

⁸³ Ver la crítica de Miron Burgin en *ASPECTOS ECONÓMICOS DEL FEDERALISMO...*, cit., pp. 50-53.

⁸⁴ M. Goldberg, "La población negra y mulata de Buenos Aires, 1810-1840", *DESARROLLO ECONÓMICO*, 16(61), Buenos Aires, 1976.

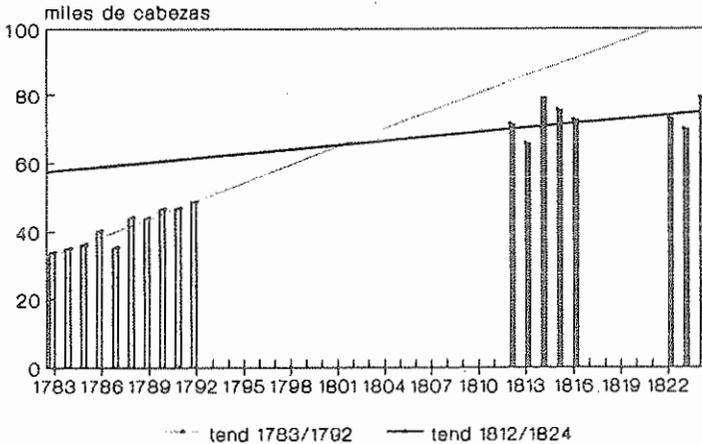
cuadro 6

Aprovechamiento de un novillo mediano: 1803 y 1818

	1803	1818
peso medio	455 libras	459 libras
carne	16 rs. 40%	68 rs. 63%
cuero	16 rs. 40%	24 rs. 22%
sebo	8 rs. 20%	16 rs. 15%
total	40 rs. 100%	108 rs. 100%

Fuentes: ver nota ⁸⁵

gráfico 9
Abasto: 1783/92 y 1812/24



O sea, no sólo la carne pasa de un 40% del valor del novillo (y no de la res, pues estamos hablando de animales gordos) en 1803, a un 63% en 1818, sino que su precio se ha multiplicado por cuatro entre las dos fechas, creciendo mucho más que el precio del novillo y de los cueros —ello demuestra, una vez más, que la oferta de ganado gordo no pudo seguir fácilmente a la demanda. Nada sabemos acerca de salarios urbanos y rurales para estos años⁸⁶, pero dudamos mucho que éstos hubiesen acompa-

⁸⁵ 1803: AGN-DX-19-5-2; 1818: AGN-DX-19-6-13.

⁸⁶ Señalemos que el estudio de Lyman Johnson "Salarios, precios y costo de vida en el Buenos Aires colonial tardío", BOLETÍN DEL INSTITUTO DE HISTORIA ARGENTINA Y AMERICANA 'DR. E. RAVIGNANI', 3a serie, 2, Buenos Aires, 1990, pp. 133-157, llega hasta 1815 y evidencia ya en ese momento un atraso de los salarios en relación a los precios.

ñado este *boom* de los precios de la carne —y los precios del trigo, como ya dijimos, también suben en este momento.

Dos comentarios finales antes de pasar al último y breve acápite. Indudablemente, las estadísticas de consumo *per capita* y el nivel de precios de la carne muestran que las tensiones en el mercado dieron como resultado un grado de disponibilidad menor de este alimento, hecho que se venía dando en forma gradual desde el siglo anterior, cuando, según algunas fuentes, era común el "regalo" de algunas piezas de carne⁸⁷ (aun cuando nos hallemos todavía ante cifras muy altas, con consecuencias indudables sobre el precio de la fuerza de trabajo en la ciudad y la campaña).

Pero, asimismo, resulta evidente el increíble nivel de ganancias que va a "llover" —hay aquí un componente de la ganancia que surge tanto del mercado interno como del internacional— sobre los criadores y engordadores de ganado de la campaña bonaerense en un período de tiempo relativamente corto. Es en este mismo momento en que la frontera está siendo empujada en el Salado y que una nueva clase de empresarios y especuladores está entrando de lleno a ocupar un papel central en el mundo agrario y la escena política rioplatense.

4. Una apostilla final sobre el mercado de cueros

El análisis de los datos del abasto desde 1776 á 1817 nos ha mostrado, para los diversos años que hemos elegido, un mercado con una oferta muy dispersa y con promedios por criador bastante bajos. ¿Sería distinta la estructura de la oferta para los cueros? Nosotros no tenemos datos conclusivos, pero algunos testimonios dispersos pueden ayudarnos a esbozar una primera respuesta.

Ante todo, es harto conocida la figura del "mercachifle" que recorre la campaña camalacheando cueros, sebo y grasa por los más variados efectos⁸⁸ y es evidente que la función mercantil de estos emisarios del capital comercial urbano —pese a las protestas de los "auténticos" hacendados por su hipotética (y con frecuencia, real) relación con los robos de ganados— está ampliamente difundida. Los pulperos, no necesariamente "volantes", también cumplen en ese sentido un papel de importancia y las pulperías son

⁸⁷ No olvidemos que un documento de 1773 (se trata de la oposición al proyecto de "asiento" del abasto que había propuesto Cecilio Sánchez de Velazco —el padre de Mariquita Sánchez), señala que "...con solo ocurrir á los Mataderos los pobres que tienen medio real pa. comprar carne, allí se les subministra sin interes alguno lo suficiente pa. subsistir...", cf. *Abastos*, p. 11; en 1779, un acta capitular repite argumentos muy similares y nos muestra, una vez más, que algunas de las figuras de Echeverría estaban lejos de ser producto de su imaginación, pues al hablar de los corrales y los matanceros, hace referencia a "...una porción de muchachos que van a ayudarles por la recompensa de Siertas partes de la Res que llaman achuras y lleban de socorro a sus pobres Madres...", ACBA, III, VI, pp. 414-417.

⁸⁸ Un ejemplo típico, el de un invidiuo llamado Bartolomé que en 1782 "...solía andar por el Pago de la Magdalena con Pulperia...", en AGN-DX-33-1-4; en 1786, en ocasión de una ecpizootia en el partido de Escobar, Manuel Pinazo informa que "distintos sujetos... andan por la Campaña vendiendo efectos de Castilla..." a trueque de cueros, cf. AHPBA-5-1-12-10.

uno de los elementos centrales en el tejido económico y social de la campaña en la época⁸⁹.

En 1814 había nada más ni nada menos que 457 pulperías en la campaña de Buenos Aires y ello no solamente nos da ya una idea de la función que éstas tienen en las formas de mercantilización de la producción agraria, sino que asimismo nos aproxima mejor al grado de dispersión de los productores agropecuarios, que exigía un tejido de comercialización tan difuso en la campaña⁹⁰. Esos pulperos generalmente llegan a la ciudad con partidas de algunos cientos y a veces miles de cueros, comprados a decenas de productores o habitantes de la campaña⁹¹. Estos cueros, negociados al peso y no por unidad (cada "pesada" tenía 35 libras) son vendidos a los barraqueros y embarcadores a Europa⁹².

En 1789, cuando los robos de ganado para hacer cueros y la matanza de vacas era uno de los desvelos de los alcaldes de la hermandad, a un tal Juan Disarmato que llega desde la Bajada del Paraná se le "reconocen" los 700 cueros que entra: éstos fueron adquiridos a 36 personas distintas. En el mismo legajo, Bartolomé Seguí introduce 621 cueros que corresponden a 47 personas y don Juan de Orraca trae 1.040 unidades que ha comprado a 61 individuos diversos. O sea, en los tres casos, tenemos 2.385 cueros para 144 criadores, es decir, 17 cueros por criador⁹³ y todos estos poseen sus marcas como productores. Se trata de casos que llamaron la atención de los guardas y es por eso que los conocemos, pero, ¿serían excepcionales?

Jorge Gelman halló para Soriano, en la Banda Oriental, cifras que pueden ser comparables: en 1796, para 13.918 cueros hay 155 productores, con una media de casi 90 cueros por criador —media mucho más alta que la precedente y en consonancia con lo que sabemos acerca de los *stocks* ganaderos totales en ambas bandas del Plata, pero que no deja de ser relativamente humilde⁹⁴.

Veamos otro tipo de documentos. En 1793 se realiza un intento de controlar las marcas de los criadores de ganado. En Magdalena se cuentan 127 marcas; en Matanza hay 121 registradas y en San Vicente 222 criadores tienen su propia marca⁹⁵. Por supuesto, esta "inflación" de marcas de ganado corresponde a una estructura productiva

⁸⁹ El mejor estudio que hay sobre la función mercantil de estos pulperos, es J. Gelman, "Los caminos del mercado: campesinos, estancieros y pulperos en una región del Río de la Plata colonial", *LATIN AMERICAN RESEARCH REVIEW*, 28(2), 1993.

⁹⁰ Ver el dato en J.C. Nicolau, *LA REFORMA ECONÓMICO-FINANCIERA EN LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES (1821-1825). LIBERALISMO Y ECONOMÍA*, E. Aires, Fundación Banco de la Prov. de Buenos Aires, 1988, p. 45.

⁹¹ En 1780, vemos en el partido de Arrecifes a un pulpero llamado Antonio López a quien se le embargan 163 cueros que "...había comprado a varios vecinos de las Fontezuelas por efectos de su pulpería...", en AGN-IX-33-1-5 (estas operaciones estaban supuestamente prohibidas, cf. *Abastos*, pp. 36-37, 1782; pp. 41-42, 1783, etc.). De todos modos, no olvidemos que, con cierta frecuencia, los "hacendados" más poderosos tenían también su pulpería y suponemos que, entre otras cosas, servían para acopiar los cueros, bien o mal habidos, de sus vecinos...

⁹² Ejemplos de romanceo de cueros en "pesadas" de 35 libras, en AGN-IX-26-6-3.

⁹³ AGN-IX-19-3-9 y AGN-IX-19-3-10; en AGN-IX-19-3-8 hay un reconocimiento de unos cueros desde Gualeguay con cifras muy similares; otros reconocimientos de cueros, *Abastos*, pp. 82-101, 1782.

⁹⁴ J. Gelman, "Los caminos del mercado...", cit.

⁹⁵ Ver AGN-IX-19-4-7.

basada en la amplísimas extensión de la figura del campesino pastor y que, hoy sería difícil negarlo, se halla extensamente difundida en toda la campaña de Buenos Aires. Del San Nicolás ganadero del norte al San Pedro, Areco y Lobos ganadero/cerealeros o a los pagos más agrícolas de Morón o Matanza, los detallados estudios a partir de los censos de 1813 y 1815 muestran la difusión de esta figura del pequeño y mediano productor ganadero, al lado del gran "estanciero" o hacendado. El trabajo de José Luis Moreno a partir de un análisis general de esos mismos censos, no hace más que confirmar esa visión para el conjunto de la población rural de la campaña⁹⁶.

Y nuestro estudio, ya citado, realizado con los inventarios de 1750 a 1815, fundado en una muestra representativa de casi 300 establecimientos productivos —sin tomar en cuenta a las chacras ni las quintas— muestra un panorama muy claro⁹⁷. Tenemos primero a los grandes productores: el 18% de los inventarios con más de 1.000 cabezas de vacunos, controla el 70% del *stock* inventariado. He aquí los grandes productores (su promedio no es excesivamente alto y se acerca a los 3.000 animales). Después vienen los intermedios, un 17% de los productores que poseen un 13% de los vacunos y finalmente, la masa de pequeños y medianos productores que siendo un 67% del total tienen el 17% de los vacunos inventariados.

Pero los promedios por cada grupo son también interesantes para nuestro fin; los más poderosos, ya vimos que se acercan a los 3.000 animales, siendo 683 para los intermedios y unos 190 para los pequeños y medianos. Si suponemos un 22% para el procreo en cada una de estas categorías, los más grandes contarán con 300 machos para futuros novillos al año⁹⁸ —aumentando en 330 vientres su *stock*— los intermedios tendrán 63 y su *stock* crecerá en 70 vientres y los más chicos sólo contarán con 18 futuros novillos al año, dejando unas 20 cabezas para vientres. Por supuesto, la producción de cueros no se limita a estos e incluye asimismo los animales sacrificados por diversas razones —vacas "machorras" o ya estériles por la edad— algunos toros o bueyes viejos, animales enfermos, etcétera.

Con estas cifras en la mano, no es de extrañar entonces que la oferta en los corrales del abasto fuese tan dispersa hasta los años 1816-1817. Dado que la producción de cueros no exige animales de tanto peso, ¿podríamos imaginar que su oferta es más concentrada? Podría ser, pero es difícil asegurarlo y sólo estudios puntuales, a partir del

⁹⁶ Sobre Morón, ver G. André, M. Blanco, G. del Hoyo y S. Van Vliet, MORÓN, UNA SOCIEDAD DE CAMPESINOS (1740-1820), Tesis de Licenciatura, UNICEN, Tandil, 1991; San Pedro ha sido estudiado por Roberto di Stefano en UN RINCÓN DE LA CAMPAÑA RIOPLATENSE COLONIAL: SAN PEDRO DURANTE LA PRIMER MITAD DEL SIGLO XVIII, Cuadernos del Instituto Ravignani, 1, UBA, Buenos Aires, 1991. Los trabajos sobre Areco, Lobos y San Nicolás y los estudios generales sobre el censo de 1815, en J.C. Garavaglia y J.L. Moreno (comps.), POBLACIÓN, SOCIEDAD, FAMILIA Y MIGRACIONES EN EL ESPACIO RIOPLATENSE. SIGLOS XVIII Y XIX, B. Aires, Ed. Cántaro, 1993 y el trabajo sobre Matanza de Claudia Contento "LABRADORES" ET "ESTANCIEROS" AU RIO DE LA PLATA. LA MATANZA (XVIII-XIXE SIÈCLE), mémoire de DEA, Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, Paris, 1993.

⁹⁷ Cf. "Las 'estancias' de la campaña de Buenos Aires...", cit., pp. 168-172.

⁹⁸ En la época se dejaban aún casi el 10% de los machos para reproductores. Ver el escrito de Vicente Lamelas, Areco, 1808, que habla de un macho cada diez, en AGN-Sucesiones 4837. Juan Manuel de Rozas estipula idéntica cifra para sus estancias (aun cuando el párrafo es confuso, pues dice "...el veinte por ciento de los que se marquen..." pero pensamos que hace referencia al terneraje total y no sólo a los machos), en INSTRUCCIONES A LOS MAYORDOMOS DE ESTANCIAS, B. Aires, Plus Ultra, 1968, p. 52.

análisis de los embarques de cueros y de sus marcas, podrán decirlo algún día. En todo caso, desde 1820 se nota claramente en los registros de alcabala terrestre un crecimiento de las cantidades negociadas de cueros y los envíos de 2.000 o 3.000 cueros serán ahora muy frecuentes. Parchappe, en 1828, afirma que "Los cueros se venden al millar..."⁹⁹ mostrando un elemento más del incremento progresivo del *stock* ganadero que acompañaba la evolución de la economía bonaerense.

París, marzo de 1994

REFERENCIAS

Archivos:

- AGI Archivo General de Indias, Sevilla
AGN Archivo General de la Nación, Buenos Aires
AHPBA Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, La Plata
BRAM Biblioteca de la Real Academia de la Historia, Madrid

Colecciones documentales:

- ACBA ACUERDOS DEL EXTINGUIDO CABILDO DE BUENOS AIRES, Buenos Aires, varias ediciones.
ASRA ANALES DE LA SOCIEDAD RURAL, Buenos Aires, 1866/1878.
REBA REGISTRO ESTADÍSTICO DEL ESTADO DE BUENOS AIRES, Buenos Aires, 1853/1856.
REPBA REGISTRO ESTADÍSTICO DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES, Buenos Aires, 1821/1824.

⁹⁹ N. Parchappe, EXPEDICIÓN FUNDADORA DEL FUERTE 25 DE MAYO EN CRUZ DE GUERRA, B. Aires, EUDEBA, 1977, p. 27.

CINCO PRIMEROS INTRODUCTORES Y CRIADORES

1779

introdutores		criadores	
Luis Pineda	506	Januario Fernandez	334
Juan Monsalvo	470	Jh. Gabriel Maqueda	205
Administrador	442	Antonio Gaitan	185
Manuel Albano	431	Juan Manl. Echavarri	167
Pablo Acosta	315	Francisco Cornejo	159

total introducido: 6.535 reses

Fuente: AGN-IX-2-1-3

1789

introdutores		criadores	
Jh. Ferreira	2.527	Felipe Martinez	355
Bdo. Lara	848	Juan Cabote	311
Martin Viera	831	Gervacio Caseres	222
Manl. Rocha	797	Antonio Abascal	190
Atanacio Alvarado	596	Juan de Azebey	172

total introducido: 9.895 reses

Fuente: AGN-IX-2-1-3

1818 (corral del Oeste)

introdutores		criadores	
Gabino Lima	6.053	Jh. Lino Echevarria	591
Juan Cuesta	2.906	Toribio Lima	569
Tiburcio Maldonado	2.105	Carlos Caballero	561
Juan A. Sosa	1.985	Fco. Perez Millán	554
Felix Zorrilla	1.571	Fdo. Diaz	423

total introducido: 18.771 reses

Fuentes: AGN-III-33-1-7; III-33-1-8; III-33-1-9; III-33-1-10; III-1-11; III-33-1-12

1817 (todos los corrales, primer semestre)

introdutores		criadores	
Gabino Lima	2.328	Juan Miguens	1.568
Sebastian Vallejo	1.776	Francisco Miguez	1.266
Pedro Zorrilla	1.628	Francisco Piñeyro	1.029
Luciano Gaete	1.518	Juan B. Segismundo	840
Juan J. Reynoso	1.445	Julián Carmona	656

total introducido: 31.499 reses

Fuentes: AGN-III-33-1-14 y AGN-III-33-1-15